

# La Esfera



Año I \* Núm. 38

Precio: 50 cént.



# PETROLEO GAIL



lo mejor para  
el pelo

# La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



## EL GENERAL PAU

Comandante en jefe del ejército francés que opera contra los alemanes en la Alsacia y Lorena  
Este heroico militar perdió el antebrazo derecho en la guerra de 1870

DIBUJO DE GAMONAL

DE LA VIDA QUE PASA

## LA CONQUISTA DEL BIEN

HAN llegado los días en que hasta los espíritus más indiferentes al espectáculo de cuanto les rodea, y hasta los escépticos más fríos, pueden lanzar la dolorida exclamación jereemiaca: «*Quare de vulva egressus sum, ut videre laborem et dolorem, et consumerentur in confusione dies mei?*».

La guerra universal que siempre pareció una utopía ó cuando menos una pesadilla de difícil realización, llegó de una manera inopinada, con un impulso brutal. Aun después de encendida, existía en el fondo de nuestras almas, ¡pobres almas humanas! la creencia de que la magnitud de la contienda, y lo formidable del choque, resolverían la tremenda cuestión en breve plazo, que permitiera reanudar la vida del mundo que hasta ahora pasaba por civilizado, antes de que sufriera menoscabo el prestigio de la civilización.

Va ya mes y medio trascurrido desde que comenzó la vorágine siniestra, y parece sin embargo que la catástrofe está todavía en su fase preliminar. Una Guerra de los Treinta años no puede acaso desarrollarse en estos tiempos. Basta sin embargo con que se prolongue muchos meses, para que la ruina de Europa sea un hecho, para que los vencedores, lo mismo que los vencidos, padezcan las derivaciones de esta conmoción horrenda.

«Destruye las gentes que solicitan la guerra» dicen las palabras del salmista, y «Mi paz os dejo á vosotros» dice la voz de Cristo. Pero al cabo de veinte siglos de cristianismo y de culturas diferentes, una guerra más grande que todas las anteriores, hace temer porque no se salven no ya la civilización, sino las bases sobre que se sustenta. Los cuatro corceles del Apocalipsis, el caballo blanco, el caballo rojo, el caballo negro y el caballo lívido, aparecen en visión ultraterrena y dolorosa.

¿Para qué ha progresado Europa? Su avance material ha servido para dar á sus naciones medios más poderosos de destrucción. Su avance moral no le ha valido para sostener el amor y la fraternidad entre los pueblos. Alzóse el Palacio de la Paz, y no ha habido ironía más cruel que esa de levantar un templo y hacer de su divinidad una víctima escarnecida; concedióse al Romano Pontífice, pastor de la Cristiandad, el poderío de un reinado espiritual más valioso que su pérdida soberanía terrena, y cuando llegó la sazón de que interpusiese su ruego porque no se derramara la sangre, fué tan ignominiosamente desoído que murió de dolor por el menosprecio que se hacía de la

obligación cristiana, y por la derrota del bien. Estamos ante la bancarrota del progreso y el fracaso de la humanidad. Tártaros y mogoles, rifeños y zulúes, pieles-rojas y salvajes oceánicos, deben reirse grandemente de la que se llamaba la culta Europa, cuando llegue á sus oídos el relato de la lucha de ahora. Quién sabe si hartos de tan enorme barahunda, y en nombre también del prestigio humano, se decidan á intervenir invadiendo este pobre continente de tan ridícula vanidad.

Es indudable que la raza humana no tiene enmienda, y que el proceso de la evolución cultural es una linda tontería. Los hijos de Adán están condenados á sufrir el tormento de Sísifo. Se despojan de una barbarie, van creándose lentamente una civilización, y jamás llegan á verla perdurar. Una hecatombe provocada por los hombres mismos, aniquila la lengua y preciosa obra, determinando un nuevo caos. Luego, vuel-

ta á empezar, á comenzar por el balbuceo de otra comunidad, á iniciar una cultura nueva, á llegar á verla floreciente y espléndida. ¡Quizás esta será ya la definitiva! Mas tampoco. Surge luego la gran catástrofe. Perdióse todo aquello. Vuelven los pueblos á un estado de infancia.

El concepto que merecen los seres humanos suele ser bastante deplorable cuando se les considera particularmente; considerados en colectividad de pueblos, de naciones, de razas, llegan á merecer un concepto de mayor optimismo. Sin embargo, acaban por hacerse dignos de ser tenidos también en lamentable opinión.

Cuando se blanden las espadas y truenan los cañones, dicen quienes manejan las armas que lo hacen por los fueros del bien. Cuantos ejércitos entran en batalla todos dirán que luchan por él, y que se encuentran en posesión suya.

El bien es sólo uno, y mal puede estar de parte de cada cual de los combatientes. Todos ellos

le ofenden, y al t marle como bandera le ultrajan. Maldito fuera el bien que viniese por el cauce del crimen, navegando sobre la sangre. La teoría de Vico aparece como una desconsoladora realidad. El progreso continuado hasta una perfección suma y eterna, es vana quimera para las naciones y las razas. Llegados á un límite de esplendor, ven los pueblos deshacerse su grandeza, y tornan á la nada, para comenzar otra vez su peregrinación hacia la cumbre. La perspectiva no puede ser más desconsoladora para la humanidad. Es en vano cuanto nos digan de que esta guerra será la última, y que de ella han de derivarse grandes bienes para la libertad, para el derecho, para el progreso y otras zarandajas por el estilo.

Hace un año, hace unos meses todavía, pudimos creer algo parecido. Es más, creíamos que ya no habría más guerras grandes en Europa. Y así como nos equivocábamos entonces, nos equivocáramos ahora, de incurrir en la candidez soberana de creer que esta es la última contienda que ha de marcar con su fin el comienzo de una era de paz y de bienestar infinitos. ¡Buen bromazo es el que corre la humanidad en su marcha sobre la tierra! Para cualquier momento de cualquier siglo, será una verdad constante aquello de:

Loco estaba el mundo, cien años atrás. Loco le encontramos, loco seguirá.

¡Y en tal estado de razón es como en nombre de los más altos ideales se atreve á afirmar que marcha decidido y denodado á la conquista del bien!



El primer paso en la Alsacia reconquistada

PEDRO DE REPIDE

## HABLANDO CON LAS SOMBRAS : Interview de ultratumba : Prim y la guerra del 70



**G**ENERAL, el cañón suena. Otra vez pelean franceses y alemanes, como en aquellos días del año 70 en que preparábais la gran obra de una España democrática que fué interrumpida, poco después, por las balas traidoras que os asesinaron. Aún perdura en algunos de nuestros vecinos el odio que les inspirásteis, imaginando que fuísteis vos el causante de aquella guerra, por haber, de acuerdo con Bismark, propuesto la candidatura de Leopoldo de Hohenzollern Sigmaringen como rey de esta Monarquía que acabábais de constituir. ¿Queréis retornar á la vida por un minuto para que el cronista de las viejas historias enlace la actualidad trágica que nos rodea, con vuestro nombre?

—Sí. El rumor de las lejanas batallas anima este cuerpo despedazado. La memoria de los sucesos que esas batallas evocan despierta mi alma. Aunque algún amigo leal ha defendido mi fama de las acusaciones de que hablas, quiero repetir lo que tantas veces dije al embajador de Napoleón, cuando me transmitía las quejas de su Soberano en el estío de 1870. Yo no podía creer que Francia se negara á que fuese Rey de España un príncipe alemán. Es más: consta en papeles que dejé, y cuyo paradero ignoro, que Napoleón, con quien me había comprometido á que no ocupara el trono español el Duque de Montpensier, no intentaba crear una nueva dificultad á nuestras soluciones, tanto menos cuanto que él sabía que no era operación sencilla, entonces, buscar un Monarca, y temía que vencieran aquí los republicanos. Los sucesos de la política interior del Imperio modificaron aquella actitud de transigencia. Napoleón necesitaba la guerra, confiaba en la victoria y aprovechó la ocasión que se le ofrecía. Fué cuando su ministro de Relaciones Exteriores, el Conde de Grammont, dirigió una circular á los Gabinetes de Europa diciendo que Francia no podía consentir que gobernara España un príncipe perteneciente á una dinastía «caracterizada por su espíritu invasor». Todos saben que el rey Guillermo llegó en su amor á la paz á límites rayanos en la humildad; pero el Emperador de los franceses estaba resuelto á la lucha. ¿Qué culpa ha de corresponderme á mí en lo que ocurrió?

—¿Qué razones os indujeron á mantener á España en la absoluta neutralidad?

—El convencimiento de que España necesitaba un larguísimo período de calma para robustecerse. Lo había dicho yo en ocasión anterior: «Como hombre político sé que mi nación necesita para llegar á convertirse en una gran potencia mediterránea, la labor de cuatro ó cinco generaciones bien orientadas. Como general sé que hay que modificar la organización del ejército para que sea digno de su bravura y de su abnegación...» Y probé esta aspiración, apartándome de todo conflicto bélico. Ejemplo es mi conducta en Méjico.

—¿Fué solicitada España durante la guerra

de Francia y Prusia para que saliera de esa neutralidad?

Lo fué por ambas naciones. Bismark envió á Madrid al Mayor Von Versen con plenos poderes para que ajustase conmigo un pacto, según el que España enviaría 30.000 soldados sobre Bayona, y otros tantos sobre Perpignan, para atraer á la frontera pirináica tropas imperiales. En cambio de este servicio ofrecía Bismark ayudarnos á dominar el Norte de Marruecos, y la declaración de Gran Potencia para nuestra Patria, además de importantes ventajas comerciales. Hubo en el Gobierno quien estimó conveniente esta alianza, pero yo la rechacé, en términos que no quedé enojado el Canciller.

—¿Y es cierto que Gambetta, al constituirse en Francia el Gobierno de la Defensa Nacional, solicitó también el apoyo de España?

—Es cierto y bien sabido. Estaba sitiado París. El Conde de Kératry salió en globo de aquella ciudad, y vino, pocos días después, desde Burdeos á Madrid. Traía una proposición de Gambetta, que me expuso con una emocionada elocuencia, que me causó impresión profunda. Me dijo que había llegado la ocasión de que España saliera definitivamente de una interinidad que no sería resuelta con una nueva monarquía, y de que yo me pusiera al frente del país, creando una república ibérica. Francia prestaría á esta obra su concurso, venciendo las dificultades que sobreviniesen. Nuestra obligación consistiría en llevar al Loire 50.000 soldados, dispuestos á entrar en combate diez días después, asegurando su paga y un inmediato subsidio de 5.000 millones de francos.—«Estais vencidos»—le contesté.—«De nada os serviría ya ese auxilio, y nosotros, quebrantada la neutralidad, nos comprometieramos, renunciando al plan de vida que juzgo necesario para nuestro porvenir...» Así concluyó aquella entrevista memorable. Kératry salió del Palacio de Buena Vista con los ojos arrasados de lágrimas.—«¿Cómo es posible—me dijo—que renunciéis de ese modo al porvenir de gloria que os ofrezco? ¿No os sonríe la idea de ser presidente de la república?» Le respondí:—«Mientras yo viva no habrá república en España. Yo anhelo ser un Monke, no un Cromwell.»

—Cuando estalló la guerra franco-prusiana, ¿preveíais el triunfo de los alemanes?

—Me parecía probable y lo dije. En mis viajes de la emigración, que me enseñaron tanto, ví lo que era la organización militar de Prusia. Un mes antes de que sobreviniese la revolución del 68, hallándome en Vichy, me fué á visitar el Marqués de la Vallete, fiel servidor y amigo personal del Emperador Napoleón. Debía yo á la intervención del Marqués el que el Gobierno de París me hubiese autorizado á estar en aquella villa de aguas, contra el deseo de Narváez y de González Bravo, quienes desde antes exigían que se me expulsara de Francia. Hablé con la Vallete y le dije que sin reorganización radical, las ar-

mas francesas serían vencidas, en la contienda que ya se anunciaba como probable, con Prusia. El me replicó, manifestando la más ciega seguridad en la victoria, si aquella guerra se produjera. Insistí en mi opinión y le hablé de que corrían parejas la bravura del soldado francés y la inepticia de sus generales.—«El mariscal Niel—repuso—tiene un plan de reorganización que ha sido aprobado por el Emperador y que se va á poner en vigor.»—«Niel—dije—es un gran táctico, pero no durará mucho su preponderancia. Le persigue el odio de los cortesanos, y le minará el terreno Bazaine, en quien el Emperador cree como en la estrella de los Bonaparte...» Y así fué en efecto. Niel desapareció de la vida cuando comenzaba á implantar sus reformas y cuando ya había sonado la hora de su desgracia en el reloj de las Tullerías. Le substituyó Le Beuf, la nulidad con entorchados.

—¿Teníais relación de amistad con el Canciller de Bismark?

—Le había conocido en las aguas de Carlsbad, donde estuve con la Condesa, mi mujer, en el estío de 1864. Fui presentado á él, que deseaba informes personales míos acerca de los asuntos de Méjico, en los que yo había intervenido, contrariando los propósitos de Napoleón, propósitos que se realizaron y en los que se cumplieron los vaticinios que yo le había comunicado á éste en una carta escrita desde Orizaba el 17 de Marzo del 62. Bismark me habló con la mayor llaneza, un tanto ruidosa. Me pareció un estudiante alemán, brusco y jovial. En sus ojos, de color de acero, brillaba una chispa de alegría impertinente. Hablándome del Emperador de Francia, exclamó:—«He ahí un hombre á quien le pesa demasiado la historia de su gran pariente. ¿Concibe usted que el Cid, el héroe de su raza, hubiera dejado hijos ó sobrinos que aspirasen á continuar la epopeya castellana?... Pues esa es la falta de Napoleón III: se puede ocupar el solio que el genio fundó. Lo que no es posible es que resucite el *Gran Caporal*.» Me invitó Bismark á beber una botella de vino del Rhin, porque esta era su manera, un tanto plebeyo, de honrar á sus amigos, y tuvo la bondad de decirme: «¡Lástima que haya nacido usted, señor Conde de Reus, en un arrabal de Europa!» Era desdeñoso de los españoles. Entonces no había llegado para él el día de la glorificación, pero lo esperaba y se conducía como si ya le hubiera sido otorgado el laurel de la inmortalidad.

Y después de un largo silencio, el general Prim exclamó:

—¡La inmortalidad!... Yo confiaba encontrarla en el engrandecimiento de mi pueblo, ó en el campo de batalla. Pero me atajó la muerte en la calle del Turco, y me quedé inédito... Tenía razón el Canciller. Yo estaba condenado á quedarme en los arrabales de la gloria.

CLARO DE LA PLAZA

## LA BAILARINA, EL PRÍNCIPE Y EL BOHEMIO TÓRTOLA VALENCIA Y LA GUERRA

PASÉ la tarde con Gómez Carrillo en el Café Napolitain, bebiendo y fumando bajo el toldo á franjas coloradas, como en un muelle típico del Mediterráneo. Ya entrada la noche subí en la Place de L'Opera á un autobús y poco después descendí en la fuente de San Miguel, al otro lado del Sena, ya en mi Barrio Latino. Unas cuantas casas más allá estaba el hotel donde yo había alquilado un cuarto. Al pasar por la portería me entregaron una tarjeta en que se hallaban escritas con lápiz unas palabras españolas. «Llegué esta mañana y he venido á verte, y á que cenaras en casa de tu buena amiga Tórtola Valencia.» Torné á la calle y detuve el primer taxi que se presentó en el torbellino del bulevar estudiantil. Ya corre el automóvil á lo largo de Saint Germain, ahora atraviesa la Plaza de la Concordia, cuyo mojado asfalto reflejaba tantas luces como el mar en los puertos grandes; el chauffeur refrena la marcha, saca el busto para mirar la numeración de las viviendas; al último se detiene en seco y me indica un edificio que medio ocultaban los árboles...

—¡Tórtola!

En vista de que el monstruo de rosbif, estopa y unas faldas que salió á abrirme no entendía ni el español ni el francés, decidí llamar á gritos á nuestra genial amiga la Valencia.

—¡Tórtola!

En el pasillo, el tintineo de los largos rosarios de ámbar y vidrio que todos conocéis, el frú frú de las rozagantes vestiduras orientales. Aparece Tórtola descalza y con una manzana en la diestra.

—¡Oh, Federico!

La doncella, ó el granadero británico, se aleja y Tórtola me guía de la mano hasta una habitación que ocupaban una mesa con un frutero, y varios baules de los que escapaban los trajes aquellos del Cisne, la Serpiente, la Diosa moribunda... Una lámpara burguesa difundía la placidez de su lumbré sonrosada y tibia...

—¿Cenarás conmigo?

—Si no es obligatorio comer bananas y cerezas y el todo regado con whisky...

—¡Quita allá! Haré que nos suban algo de ese *restaurant italiano* que hay en la esquina.

—¡E viva l'Italia!

Pues, señor, devoramos los macarrones y la carne á la milanesa y apuramos un frasco del inevitable Chianti. Tórtola estaba contentísima por hablar en español y acabó mezclando todos los idiomas del mundo. Se reía; evocaba escenas pintorescas de Madrid.

Al cabo de un rato nos sosegamos y entonces me dijo que venía contratada á *L'Alcazar d'Eté*,



allí mismo, en los Campos Elíseos, debutaba al día siguiente.

—¿Qué te parece si nos fuésemos á Folies Bergères?

—Como quieras, Tórtola... Pero ya ves... No voy vestido...

—¿Qué importa un smoking?

—Sí, pero aquí no me conocen... ¡Y tú eres una mujer tan llamativa...!

Tórtola encendió un cigarrillo que extrajo de una petaca de oro y extrajo la petaca de un gran bolsillo de oro también en que se confundía un llavero con llavecitas, un pañuelo chiquitín, dijes, dinero en luisés y en papel y una pistola Browning. ¿Quién no conocerá el famoso bolso de Tórtola? Pesa una tonelada.

—Verás;—continuó la Valencia—estoy muy nerviosa con mi debut... No me atrevo á quedarme aquí... ¡Vamos á hacer una cosa! Bajaremos á los Campos y nos sentaremos en *L'Alcazar*, á la parte de fuera. ¿Quieres?

Como los señoritos chulos de la acera del Lyon d'Or respondí:

—¡Ni parole de plus! Andando...

No tiene, como todo el mundo sabe, otras paredes el teatro veraniego aludido, que un seto de verdura de evónibus y boj y otros arbustos. Apartámonos de la vía central en que se perseguían los automóviles camino del Bosque y en cuyos andenes burbujeaba una multitud de peripatéticas bajo las descaradas farolas. Seguimos un laberinto de sombras y la grava crujía á nuestro paso. Al fin nos instalamos en un recodo que era una fortaleza contra la ajena indiscreción. Nos sentamos en unas sillas metálicas y desde allí se vislumbraba un trozo de cielo enrojecido con el vaho febril de la urbe inmensa, y á pocos metros se levantaba la muralla negra de la hojarasca tupida, pero no tanto que no la agujereasen y como si la estrellaran mil puntitos de luz. Se oía el rumor del público encerrado y de cuando en cuando una canción y la orquesta y luego los aplausos entusiastas. Escuchamos en silencio un cuplé de Dramem. Allá á lo lejos, por el claro de dos árboles, se divisaban unos faroles japoneses y las bolas encarnadas y verdes que guarnecían la entrada de otro teatro estival.

De repente se levantó un airecillo fresco. Tórtola, que no llevaba más que sus envolturas sedenas y que iba descotadísima, se estremeció como una gata.

—¿Tienes frío?

—Y un poco de miedo... ¡Ese debut!

Charlamos, nos reímos, conseguí tranquilizarla. Como el recuerdo de una estampa

inédita de Moreau, alucinaban en las tinieblas las pupilas de Tórtola, con su brillo mineral, su dentadura de fiera y el centelleo de los innumerables abalorios. La roseta ígnea de su cigarrillo ponía en su cara de bronce un diabólico lunar.

A todo esto el tiempo pasaba como vuelo; sin detenerse. Nos pareció que el espectáculo de *L'Alcazar* había terminado demasiado pronto. Como por magia se abrió una ignorada puertecilla en el seto y comenzaron á salir los músicos con los instrumentos enfundados. Un flautista se alejó probando un obstruido flautín.

—¿Vámonos?

Al erguirse y al componerse los flotantes hábitos, Tórtola lanzó un grito.

—¿Qué...?

En seguida se echó á reír.

—Nada... He perdido una perla que llevaba en esta sortija...

Unos pasos más adelante se detuvo mi amiga y añadió mostrando sus desnudos brazos que serpeaban en la sombra:

—Me he quedado muy delgada... ¡Mira...! Las amplias pulseras bizantinas y las cadenas de

plata y oro subían sin dificultad hasta el codo. Los anillos se deslizaban por los dedos. Sosteniéndose en un pie adelantó el otro en el aire y castañeteó con el chapín de seda.

—Oyes... Me voy á quitar los anillos y los guardarás tú y ya me los entregarás cuando lleguemos á mi portal. Sentiría que se me perdiese algo... En último caso, son recuerdos...

Ya íbamos por la abandonada vía central de antes. Nos paramos al pie de un reverbero y el ascua viva del fanal irisaba la estatua policroma que era Tórtola. Hundió Tórtola una mano en el bolsillo aquél celeberrimo y buceó otro pequeño de red de plata. Me entregó el estuche menudo y blanco. Yo lo tenía abierto como la boca de un pez. Y la dilatada boca, aunque menuda, insaciable, se tragó los anillos, medallas, monedas, el tesoro de una reina oriental...

Era la hora en que las parejas de señores con tubo y damiselas casi desnudas se dirigen á los *restaurants* de noche, ya que se terminaron los teatros. Por la calzada avanzaban y multiplicábanse los automóviles. El rebaño de peripatéticas huyó, un poco avergonzado, ante la avalancha de esplendores. Aproximábase un lento y exquisito cortejo de figuras como fantasmas de nácar. Los primeros pasaron sin advertirnos. Al cabo llamó la atención el espectáculo peregrino de una mujer arrancada de las leyendas indias y que parecía ceder sus joyas á un tipo exótico en los Campos Elíseos. Las parejas volvían con disimulo la cabeza y así marchaban y al remate entraban en una gran urna con arañas de vidrio y rútilos dorados. Ya sonaban los sextetos de *tziganes*, Tórtola y yo comprendimos y nos echamos á reír. Pensamos divertirnos á costa de los parisienses ultrarefinados y representamos la farsa de la entretenida ilustre que se rinde á las voluptuosas amenazas de su húngaro trágico. Ya dije que yo vivía entonces en el Barrio Latino, y gastaba, según se acostumbra en torno á la Sorbona, amplio chambergo, el penacho de una casi melena y sobre todo un cierto desenfado general en la silueta arbitraria, revolucionaria...

Más de una damita soñaría aquella noche, no en mí, desde luego; en el placer de sentirse desposeída así, que era sentirse poseída como nunca. Y los millonarios miraban atontados.

De pronto...

Alguien se quedó inmóvil contemplando la escena. Yo tenía sus ojos en mi espalda y su sombra estaba á mi lado, laminada y recortada en las losas. Tórtola clavó sus pupilas en el aparecido. La diestra de Tórtola me soltó una sortija con un camafeo, la última de todas y acaso la de más valor. En el fondo del bolsillito burbujeaban las demás joyas. Me impacienté. Quise volverme hacia el intruso. Tórtola se opuso y su ademán mostró á la plena luz del reverbero el camafeo helénico con su doble belleza de una eterna juventud y una antigüedad ya eterna también. Soltó una carcajada y el anillo...

—¡Príncipe...!

El desconocido se quitó el clac y vi su cráneo al rape y cuadrado y su rostro encarnado con la placa argentea del monóculo y un bigote rubio y á la inglesa. La pechera albeaba como el hielo. En las losas, la fulgencia de sus zapatos. Llevaba abandonada en los hombros una capa sin esclavina. El Príncipe besó la mano de Tórtola y me hizo una reverencia con la más ofensiva de las cortesías. Y se marchó apenas hubo cambiado unas palabras con la bailarina genial. Se esfumó en la avenida como un héroe mussetiano que vuelve á la tumba, luego del aquelarre de los románticos.

—¡Qué cosas tiene la vida!—dijo Tórtola—. Esa sortija del camafeo me la regaló el Príncipe en Munich y era la que el Príncipe más estimaba, después que á... Se trata de un recuerdo sagrado para el Alteza... ¡El infeliz ha pensado lo que todos y supone que yo entrego su anillo á un *tzigane* en traje de calle! Solía repetir el Príncipe que ese anillo representaba las bodas de su espíritu y mis danzas... ¿Qué se le va á hacer? Está algo chiflado... Un antecesor suyo murió loco... Era aquel rey enamorado de la música... ¡Vámonos!

Comenzamos á caminar y al salir de la grava, Tórtola se descalzó; le gusta andar sin más que la media. Los chapines también pasaron á mi poder. En una faltriquera asomaba la punta de uno y en otra no cabía completamente el otro.

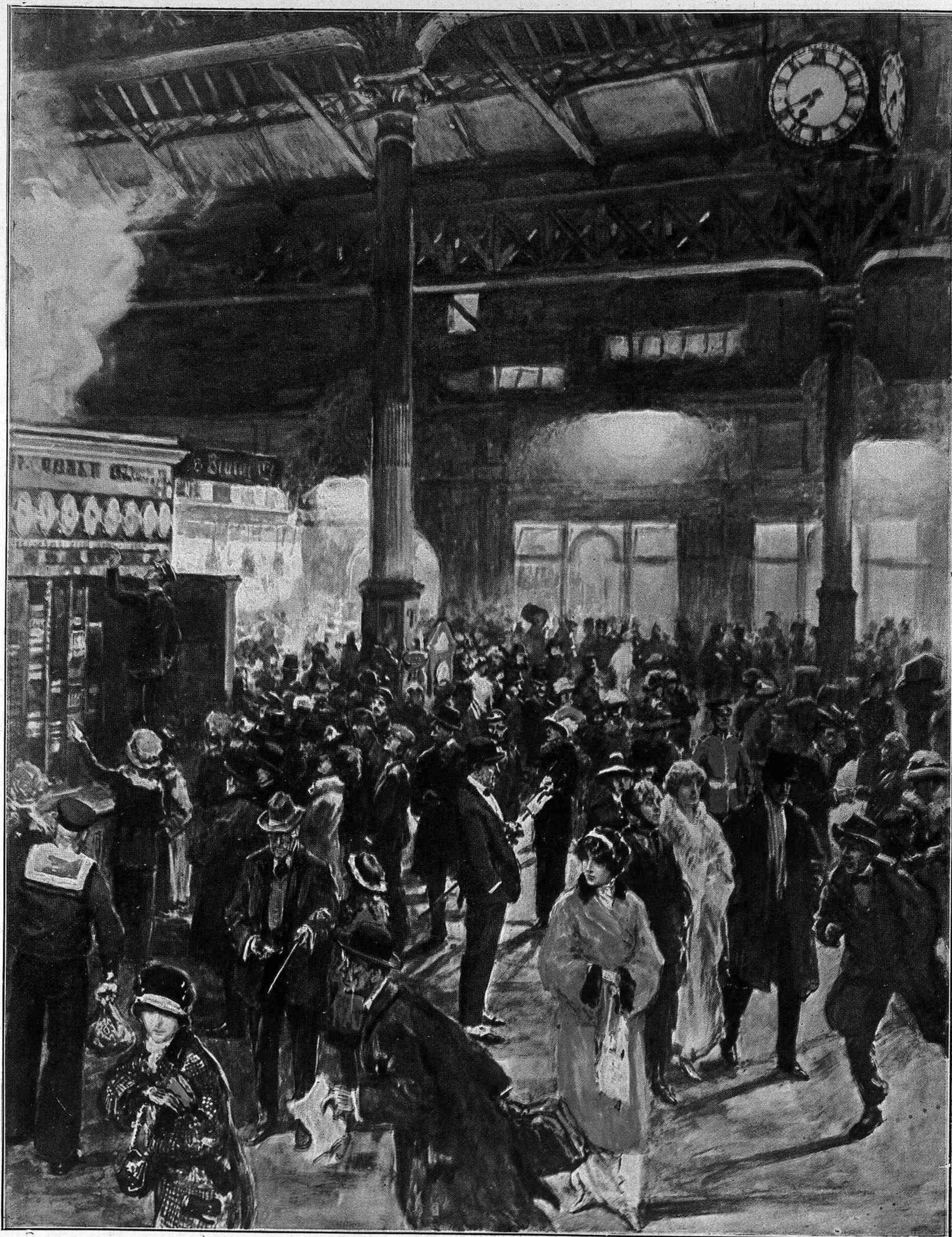
Ese Príncipe ha perecido ahora en la guerra. Si es verdad que el alma no muere, confío al viento este relato y que el viento lo refiera al espíritu en su de seguro atormentada inmortalidad.

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ



CÁMARA

# LONDRES DURANTE LA GUERRA



## ASPECTO DE LA ESTACION VICTORIA A LA LLEGADA DE UNO DE LOS TRENES DEL OBSCURECER

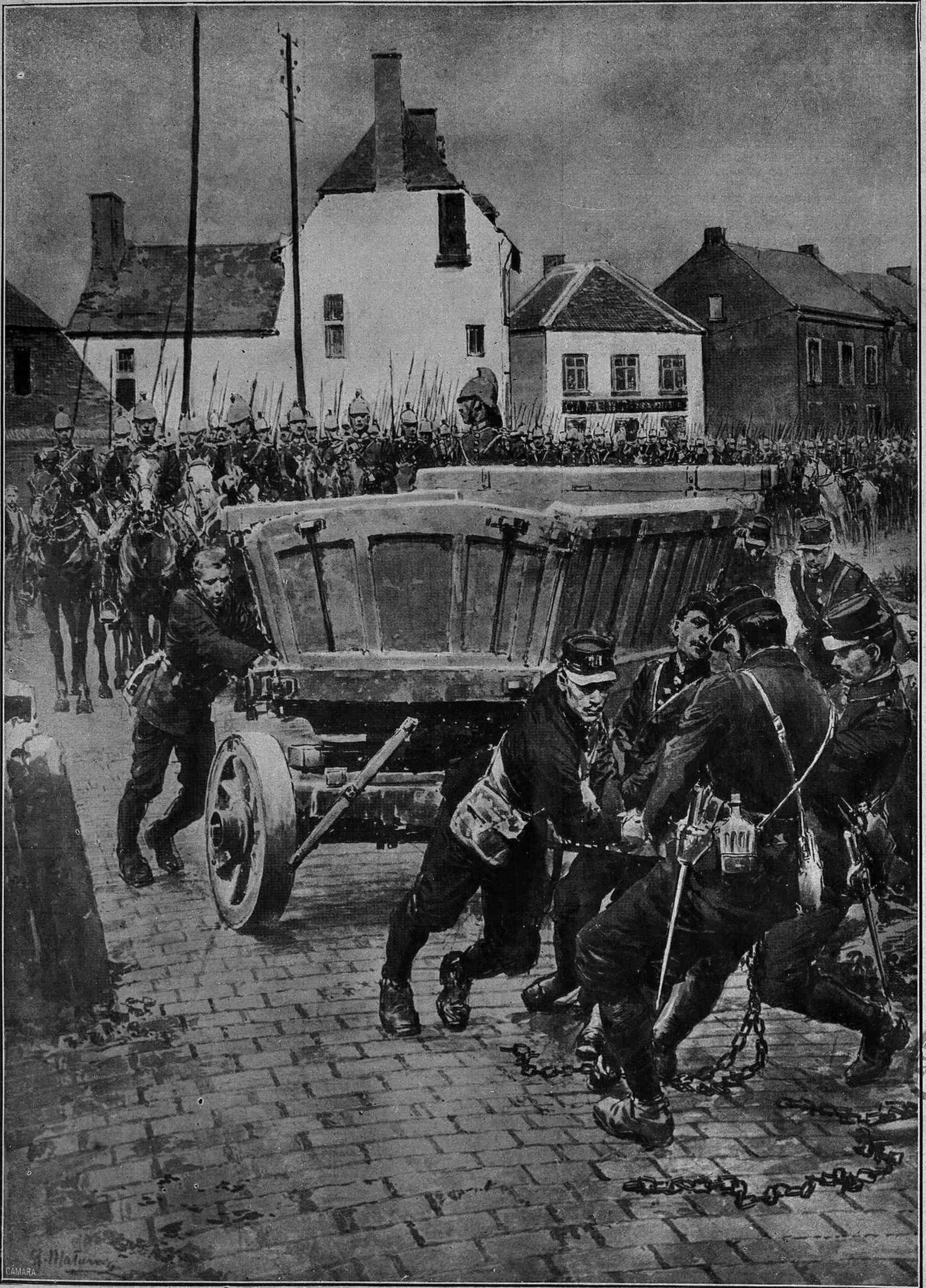
La guerra no ha aminorado un punto la vida de Londres. El buen britano, pleno de confianza en el triunfo de Albión, dedícase durante el día á sus ocupaciones habituales, y al llegar la noche, llena los teatros y *music-halls* como en lo mejor de la *season*. De esta animación extraordinaria da idea el adjunto dibujo, que presenta el momento de llegar uno de los trenes interurbanos á la estación Victoria á la hora de comenzar los teatros





LA ESFERA

# LAS TROPAS FRANCESAS EN BÉLGICA



Soldados franceses de Infantería desmontando una barricada para dar paso a las fuerzas de Caballería a través de una ciudad belga, en las inmediaciones de Namur, durante el asedio de esta plaza por los alemanes

BIBLIOTECA \*  
MADRID \*

BIBLIOTECA \*  
MADRID \*

# UNA FORTIFICACIÓN MODERNA CON SUS DEFENSAS ACCESORIAS

**C**REEMOS interesante en estos momentos ilustrar á aquellos de nuestros lectores que no sean técnicos militares, explicándoles gráficamente lo que es un fuerte moderno, del tipo Brialmont, que es el adoptado en Bélgica, en Francia y otras naciones marciales. El general Brialmont, del Cuerpo de Ingenieros militares de Bélgica, es una de las eminencias del arte militar europeo. Fué el principal organizador de las famosas líneas de defensa turca de Tchatalja y Andrinópolis, que tanta sangre y tantos esfuerzos costaron á los aliados balcánicos.

Hemos de advertir, ante todo, que la eficacia defensiva de una fortificación, por perfecta que sea, se basa, en definitiva, en la bravura de quienes la ocupan.

Así, Brialmont, como todos los ingenieros militares, hubo de realizar sus proyectos, dando por descontado que los defensores de un fuerte cumplirían plenamente sus deberes. Nadie ha planeado aún una fortaleza inexpugnable. A lo más que puede aspirarse en ese particular, es á que, puesta la fortificación en manos de un jefe bizarro y de una guarnición resuelta á todo, transcurran muchas semanas antes de que el terreno protegido pase á poder del enemigo. Esta «negativa de posesión» es la verdadera esencia de las fortificaciones modernas.

En torno de las ciudades ó en las posiciones estratégicas existe siempre un número de puntos que dominan las inmediaciones y que pueden impedir el paso de un ejército, hasta que el país haya sido guarnecido convenientemente. Esos puntos son los que se fortifican con obras de carácter permanente, cuya seguridad descansa más en la profundidad de sus zanjas, que en la eficacia de fuego de sus parapetos.

Olvidados, por la acción del progreso, los frentes abaluartados de Vauban, rotas las fuertes murallas que eran cintura defensora de los pueblos, los métodos de que fué apóstol Brialmont han alejado la defensa de los centros de población y no la han limitado á fortalezas aisladas, ni aun ligadas entre sí por trochas y trincheras, sino á fuertes avanzados, centinelas de la fortaleza principal.

Brialmont puso en práctica sus estudios y teorías proyectando y llevando á cabo en su país las cabezas de puente de Lieja y Namur y el campo atrincherado de Amberes.

También Francia adoptó las teorías de Brialmont y, basándose en ellas, fortificó sus fronteras con Alemania, desde Toul á Verdun, y desde Epinal á Belfort, en campos atrincherados que batan los nudos de comunicaciones y los pasos obligados de ríos y montañas.

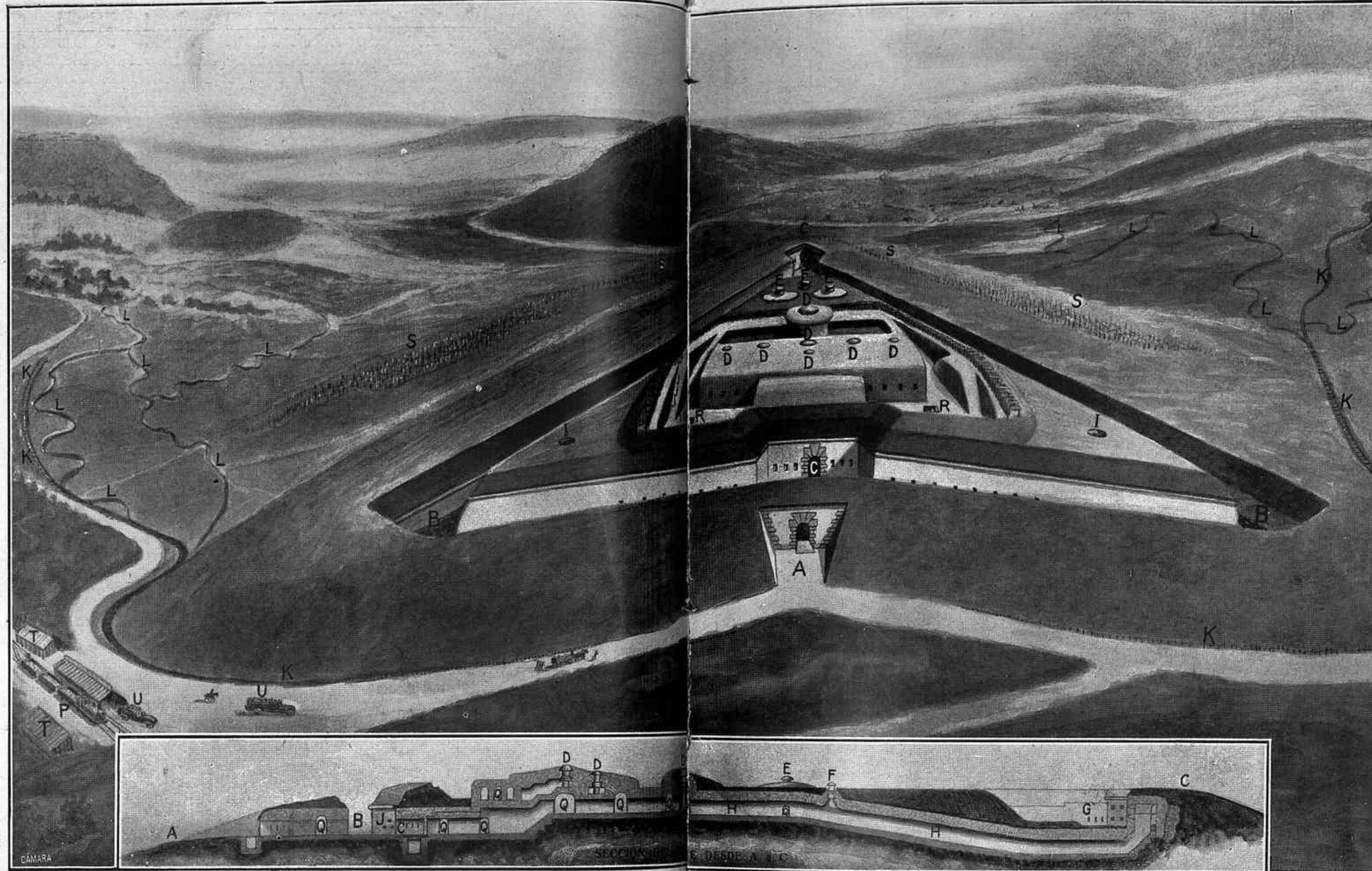


Gráfico de las defensas de un fuerte moderno, de los llamados de tipo Brialmont, y que pertenecen todos los que han construido Bélgica y Francia en estos últimos años

La misión de estos campos atrincherados es, como decimos antes, detener el paso de los ejércitos invasores y obligarles á aceptar batalla en condiciones favorables para los defensores.

Aunque el invasor logre romper la línea de hierro de los fuertes, queda obligado á detener su marcha, dejando frente á las líneas de fuertes un ejército de observación. De otro modo se exponía á que una reacción ofensiva de las guarniciones de los fuertes cortase sus líneas de comunicaciones.

Necesita, pues, sitiarse fuerte por fuerte, cercarlo con trabajos de aproche y desarrollar ante cada fortaleza todas las reglas de la poliorcética.

Precisa, por consiguiente, llevar tren de sitio, obuses y morteros de grueso calibre que puedan batir las defensas enemigas.

Este material pesado requiere buenas carreteras para la tracción automóvil y para el transporte del gran tonelaje de los parques de municiones.

Así vimos detener su pujanza inicial á los germanos cuando después de partir el 2 de Agosto de Aix-La-Chapelle, hallaron en los fuertes que bordean las dos orillas del Mosa, cerca de Lieja, un obstáculo insuperable á su rápida invasión.

Vencieron por fin ese obstáculo, para ellos menos difícil que el de la barrera Toul-Belfort; pero lo vencieron tras titánica y ruda lucha que sacrificó numerosas víctimas de su aguerrido ejército, y tuvieron que desistir de su tenaz empeño, hasta que la llegada del tren de sitio los puso en condiciones de batir con éxito á los defensores de Lieja.

La misión de estas fortalezas es otras veces, como en Francia la doble barrera, dar margen con la detención forzosa del invasor, á que la movilización del país refuerce para el éxito á las tropas de *couverture*, que tienen perenne puesto en la frontera.

Los campos atrincherados no son patrimonio de las fronteras; en el interior de los países defienden los ríos ó guardan, como el de París, las grandes ciudades.

En estos fuertes modernos, los defensores tienen cuarteles subterráneos y los cañones disparan, en tiro indirecto, ocultos bajo cúpulas de eclipse, que solo abren sus valvas, para que la boca de fuego dispare sobre el invasor, ocultándolo luego y haciéndolo descender á un subterráneo donde se carga de nuevo.

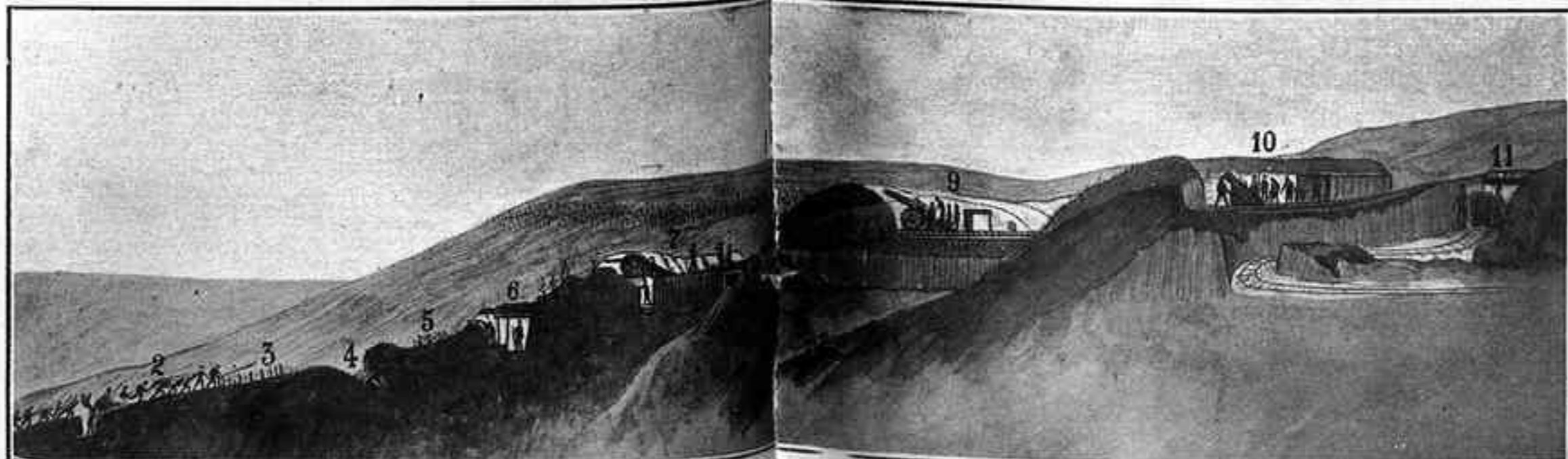
Un sencillo botón eléctrico produce el disparo y hace que automáticamente descienda de nuevo la pieza.

La puntería se hace por reflexión en espejos especiales.—A. M.

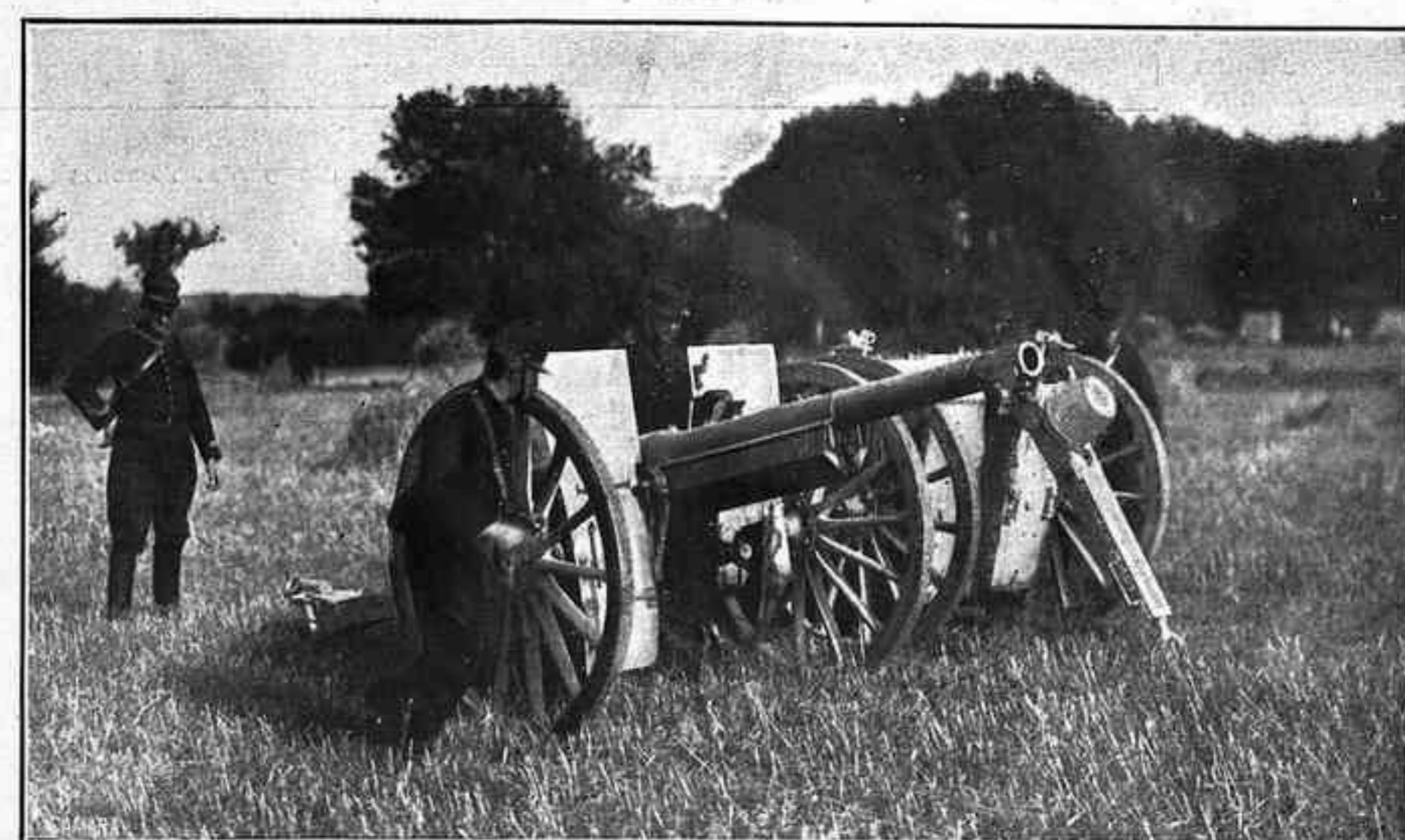
El dibujo principal de esta doble página presenta una vista panorámica de un fuerte moderno del tipo Brialmont. He aquí la explicación de sus principales particularidades: A, poterna con puente levadizo; B, foso triangular con alambradas; C, (blanca) poterna interior con puente levadizo; D, cúpulas para cañones Howitzers; E, cúpulas para cañones de tiro rápido; F, cúpula para observación y emplazamiento de proyectores; G, galerías de contraescarpa con ametralladoras; I, ventiladores; L, líneas de trincheras defensivas; K, trinchera principal servida por ferrocarril; S, alambradas, defensas accesorias; T, cobertizos ó casamatas; U, tación del ferrocarril militar; V, automóviles para la conducción de municiones. En el dibujo inferior (perfil del fuerte): 1, fuerzas atacantes conduciendo grandes fardos para destruir las alambradas; 2, alambradas; 3, fogatas pedreras; 4, alambradas; 5, trincheras defendidas cubiertas para infantería; 6, batería de artillería de campaña; 7, batería de ametralladoras; 8, batería de Howitzers ó de sitio; 9, batería de sitio; 10, camino cubierto y ferrocarril de servicio del fuerte para poner en rápida comunicación todos los puntos defendidos.



Cañón de tiro rápido, francés



Perfil del fuerte, en plena acción, mostrando todos los obstáculos con que ha de luchar el atacante



Cañón de tiro rápido, francés, con escudo protector

# EL PLACER DE LA REVANCHA

**H**ay provincias fronterizas á países enemigos que, como Alsacia y la Lorena, marcan por el pabellón que las cobija el éxodo del más fuerte.

Frutos de rapiña, tan pronto las señala la Historia incorporadas al imperio alemán, como formando parte de la nación francesa.

En época de decadencia, Francia, pujante y poderosa, se las arrebató al imperio germánico. Más de doscientos años siguieron unidas á las vicisitudes borrascosas del pueblo galo; sus habitantes eran mitad latinos, mitad sajones.

La guerra que con inconsciencia vehemente declaró Francia á Prusia, fué dura, enérgica, sangrienta. Siete meses de lucha constante dieron al traste con el poderío francés y encumbraron la pujanza germana.

Ocho batallas en cuatro semanas bastaron para derrocar un imperio, que se cimentaba en el lujo y en la molición; á su ejército deshecho, sucedieron en Francia otros ejércitos, si no aguerridos y disciplinados, fuertes en número y bríos en patriotismo.

Otras doce batallas fué preciso sostener á los alemanes para asegurar el sitio decisivo de la capital enemiga. Veinte plazas fuertes cayeron en su poder: Estrasburgo y Metz fueron reconquistadas después de dos siglos y el imperio alemán surgió de nuevo sobre las cenizas del imperio francés.

Han pasado cerca de nueve lustros, y Francia, empujada por las circunstancias, ha ido á esta guerra sin ánimos de la tan anhelada revancha, pero con un fervor patriótico, admirable y digno.

Reconquistar Alsacia y Lorena ha sido cuarenta y tres años el ideal de todo francés, como lo fué por más de doscientos el de todo alemán. Al comenzar la tremenda lid, las huestes francesas avanzaron victoriosas por los campos alsacianos y por los montes loreneses.

Los habitantes de Alsacia vieron en los invasores á sus antiguos y queridos compatriotas, de los que les alejó el imperio de la fuerza; los acogieron con júbilo, los auxiliaron en su labor de guerra; pero los loreneses, en cambio, los estimaron como enemigos é hicieron armas contra ellos, rechazando su invasión; y ley de vida, en Lorena, perdida la fuerza moral y rota la fe en el triunfo, los galos fueron vencidos, derrotados, maltrechos y les fué preciso volver la espalda á aquel país ingrato que en tan poco tiempo



Soldados franceses arrancando las señales limítrofes puestas por los alemanes en la frontera alsaciana

po dió al olvido favores y afecciones y se asimió carácter, costumbres é ilusiones del temido invasor del 70. En Alsacia, con el apoyo y aliento de los que un día y otro aguardaron ser libertados del yugo alemán, los franceses vencieron, avanzaron, arrollaron y el éxito coronó su empresa.

Aquel ejército victorioso, desde el comienzo de la actual epopeya, es hoy la charnela inamovible del ejército de los aliados.

En vano los alemanes trataron de rebasar su flanco, en amenazador movimiento envolvente; la seguridad del triunfo, cimentada en las primeras victorias, ha hecho de aquella extrema derecha de la extensa línea, un eje inquebrantable, firme, seguro.

Cuando hecho firme el tratado del 71, comenzado en Bruselas y acabado en París, Alsacia y Lorena, pasaron á ser provincias germánicas, una línea caprichosa delimitó fronteras, que los alemanes señalaron, de trecho en trecho, con postes metálicos, señalizadores del comienzo de sus dominios.

El placer infantil, pero lógico, de las primeras victorias francesas, fué derribar los postes fronterizos, con alborozo, con júbilo, con el noble afán contenido muchos años. Era el placer de la revancha.

A presencia de sus oficiales, con su aplauso mudo, con su anuencia, dieron al traste, en estaciones, en puentes, en campo libre, con aquellos odiados postes, que simbolizaban el dominio del más fuerte, que rememoraban el pasado desastre y que era perenne invitación á la deseada y temida revancha.

No era un secreto para los alemanes, tan diestros en materia de espionaje, la latente simpatía de los alsacianos por Francia; de ahí los constantes incidentes de la guarnición de Estrasburgo con los elementos populares, el demostrado desdén de los germanos á los soldados naturales de Alsacia y los fusilamientos de alsacianos con que comenzó la lucha, por parte de Alemania.

Estrasburgo, tras prolongada resistencia, se rindió á las tropas germánicas el 28 de Septiembre de 1870.

Ambicionaban los alemanes su posesión: primero, porque era una poderosa plaza fuerte, que como cabeza de puente sobre el Rin, constituía una amenaza permanente para la Alemania del Sur, y segundo, porque era la capital de una provincia

que dos siglos antes formó parte del imperio germánico.

Mac-Mahon, con su ejército, se retiró de la Alsacia para rendirse en Sedán, y las escasas fuerzas que quedaron en Estrasburgo, prolongaron el sitio con bizarra tenacidad durante treinta días, perdiendo treinta y nueve oficiales y ochocientos noventa y cuatro soldados.

Cuatrocientas cincuenta casas quedaron destruidas por completo y diez mil habitantes sin hogar y cerca de dos mil muertos y heridos.

Las llamas devoraron el museo y galería de pinturas, el ayuntamiento, el teatro, la nueva iglesia, el gimnasio, la casa-gobierno y la biblioteca con más de doscientos mil volúmenes.

La catedral sufrió inmensos daños y la ciudadela era un montón de ruinas.

Los franceses, en su rápida incursión por sus antiguas tierras, no pudieron llegar á la ribera del Rin, ni á vislumbrar la Selva Negra, pero trajeron del tan marcial *raid* sedimentos de victoria y fe en el porvenir.

AURELIO MATILLA

LA ESFERA

# CUADROS DE LA INVASIÓN ALEMANA EN FRANCIA



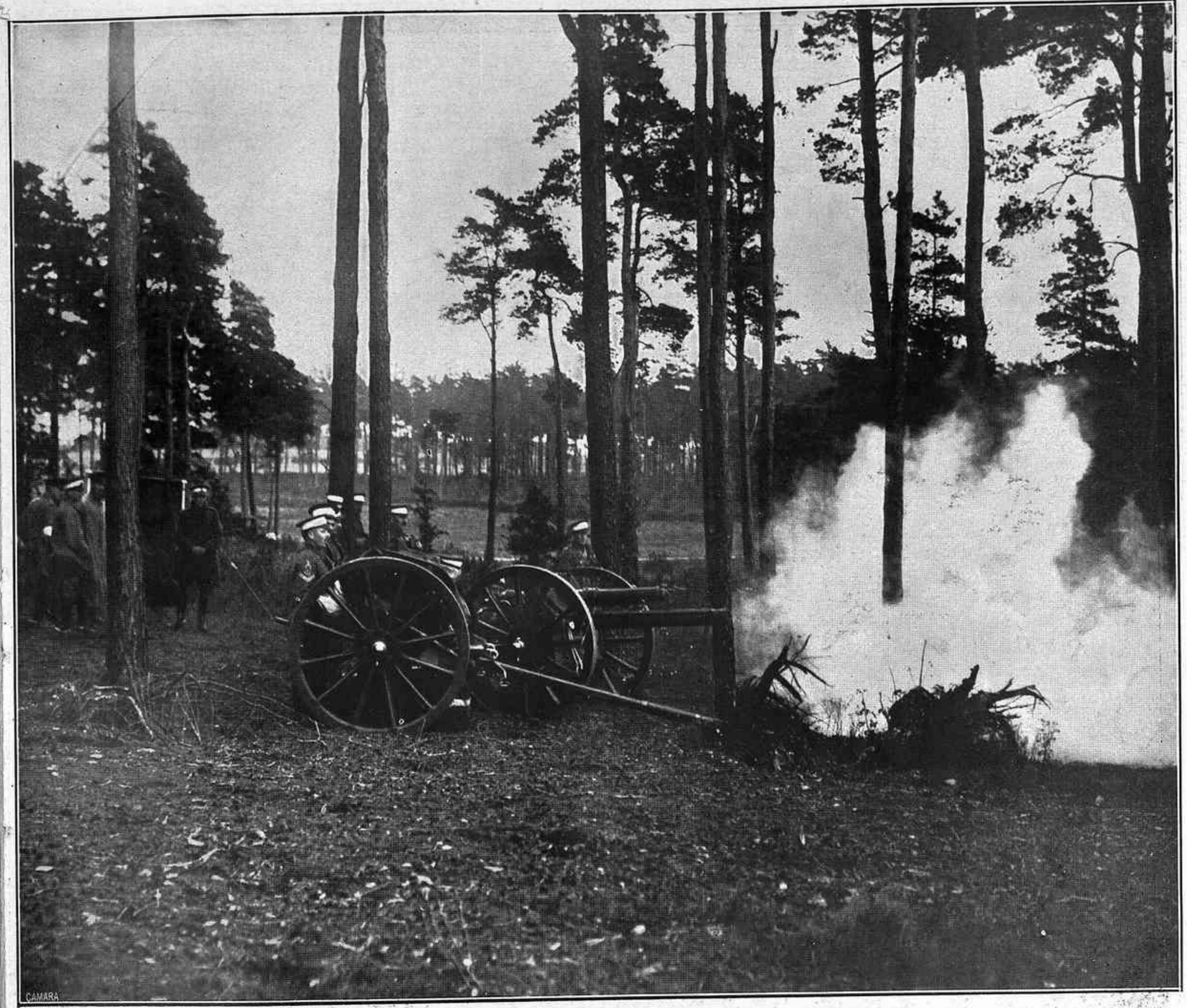
Una columna prusiana, compuesta de fuerzas de Infantería y Caballería, avanzando hacia la línea de fuego, en la batalla de San Quintín. Las tropas visten el nuevo uniforme de campaña, color gris azulado. El brillante casco prusiano va recubierto por una funda de la misma tela que el traje, con lo que se evita que sirva de excelente blanco al tiro enemigo

CUADRO DE CLARK

ATENEOS  
BIBLIOTECA



Conducción de highlanders, heridos durante la batalla de San Quintín, al abrigo improvisado con sacos de arena



Artillería inglesa conteniendo el avance de los alemanes en la línea fortificada del Ourcq, durante la gran batalla librada últimamente

Las tropas expedicionarias inglesas, al mando del general French, fueron rudamente batidas en los primeros combates sostenidos por el ala derecha de los aliados con las fuerzas invasoras alemanas. El número de bajas, según los partes oficiales ingleses, se acercó a 5.000. Pero según el testimonio unánime de los franceses, los británicos combatieron admirablemente, logrando por tres veces rechazar a los alemanes. Esta misma tenacidad en la defensa de las posiciones á ellos confiadas, ha contribuido mucho á los buenos resultados obtenidos por los aliados en los combates so-



Artilleros belgas durmiendo, tras de cuatro días de combatir sin tregua en las defensas de Namur



La Infantería belga defendiendo una posición atrincherada en las cercanías de Amberes

bre el Marne. La artillería, con su enorme poder destructor, desempeña en esta guerra un papel predominante. La mayor parte de los combates librados hasta ahora han sido verdaderos duelos de dicha arma, correspondiendo la victoria al beligerante, que, con mayor rapidez, ha podido emplazar frente á las posiciones enemigas, el mayor número de cañones. Los artilleros ingleses, de tan brillante historial, han conquistado en esta guerra nuevos laureles, especialmente en los recientes combates del Ourcq y del Marne, favorables para las tropas aliadas, puesto que determinaron el retroceso alemán.



TROPAS ALEMANAS EN UN ATAQUE A LA BAYONETA CONTRA LAS LINEAS FRANCESAS

Dibujo de Espi



RECUERDOS DE 1585

## EL MEMORABLE SITIO DE AMBERES



La plaza de la Villa y el Ayuntamiento de Amberes

Ciertamente que la vida es como una gran rueda de noria cuyos arcaduces vienen siempre á encontrarse á un intervalo preciso en el lugar que toman el agua, la cual arrojan luego en un depósito de donde sale para esparcirse y ser benéfica.

Antaños sucesos que yacen ya dormidos en las doradas páginas de la Historia, tornan ahora á repetirse con motivo desta tragedia que representa Europa, como si por ley física y matemática ordenárale el eje á que están sujetos.

Diz que los diques de Amberes se han alzado pidiendo al Escalda que acuda en su socorro, y éste se ha tendido impetuosamente sobre aquella maravillosa campiña.

Es un beso que Neptuno da á Galatea para hacerle ver á Marte que es su protegida y por ende no ha de pensar en ella... Pero acontece que la protección daña casi tanto como el agravio, porque la moza, toda se agaja y decolora como si en la más ruda contienda se hubiera visto. Muy enconadas é imprecisas iban las sangrientas contiendas de españoles y flamencos, allá en los postreros años del prudente Filipo, que de una y otra parte el valor y la temeridad hacían proezas.

Faltábale al Duque de Parma, general de nuestras tropas, reducir las principales ciudades de aquel rebelde país, que eran las de Bruselas, Gante, Malinas y Amberes, y á conseguirlo puso todo su bélico ardor.

Llegados los viejos tercios de España de la guerra de Portugal, determinó contra el consejo de su Estado Mayor, poner cerco á la plaza de Amberes sin dejar de hostilizar rectamente á las otras.

Hecho de armas fué este, famosísimo en los anales de la guerra, pues la destreza é ingenio del hombre lucharon contra Natura y fué la humanidad quien venció.

Imposible es en este breve espacio dar noticia de la complicada fábrica de resistencia que hicieron los soldados españoles contra los ímpetus y arrogancias de las encrespadas aguas, que ya diez años antes en los campos de Leyden habíanles hecho saber dolorosamente que aquella tierra fértil y florida tenían por hija, y cubriéndola toda llevaban la muerte y la desolación á quienes la osaban.

De poco sirvieron al caudaloso Escalda sus fieros y arrogantes ímpetus de que tan convencidos hallábase los naturales, que en la claridad de sus linfas se miraban y en la arrogancia de su corriente tenían como quien dice puesta la seguridad de sus vidas y haciendas.

La fértil arboleda que engalanaba sus orillas en las posiciones ocupadas por el de Parma, fué trastocada toda en poderoso valladar que le contuviera cuando abiertas las esclusas fuesen tendido sobre los verdes y salúferos campos.

Filipo de Marnix, señor de Santa Aldegundis que gobernaba y defendía la ciudad, diz que refa-se de muy buena gana y con harto regocijo cuan-

do miraba estos preparativos desde los baluartes de la ciudadela y decía:

—«Locura es por cierto querer cerrar desta manera un río de mil cuatrocientos pies de ancho y sesenta de profundidad. Sepa Alejandro de Farnesio que así sufrirá el Escalda los grillos dese puente, como sufrirán los flamencos el yugo de los españoles».

Sin embargo desta arrogante desconfianza del de Amberes, iban los nuestros formando la estacada en ambas orillas al abrigo de los fuertes.

Clavábanse los postes de trecho en trecho hasta donde lo permitía la profundidad del agua y trabábanse con vigas colocadas en línea horizontal cubiertas por tablas atravesadas que formaban el suelo del puente.

A los lados servían de vallas unos gruesos tablones impenetrables á los tiros de mosquete y altos como de cinco pies.

A cada extremo, se construyó un castillo capaz de contener cincuenta hombres.

De la parte de Brabante tenía la empalizada novecientos pies de longitud, doscientos de la parte de Flandes y quedaba en medio del río un espacio sin agua de cerca de mil trescientos por no permitir estacarse la profundidad y rapidez de la corriente.

Determinó Farnesio cerrar y curar de aquel hueco con algunos navíos de Dunkerque y otros que la conquista de Gante le proporcionara, mas advirtiéndole que no podían llegar hasta allí sin sufrir los fuegos de la ciudad sitiada, hizo romper el dique del Escalda y precipitándose el río por las praderas y los bosques, dió permiso á los navíos para bogar sobre las mieses y los árboles, que era maravilloso y desolador espectáculo que paraba el ánimo y ensalzaba la industria y genio del hombre sobre el poder y encanto de la Naturaleza.

Obra de siete meses parece que duraron estos preparativos de defensa que finaron el 24 de Febrero de 1585.

Ante ella trocóse en desconfianza y tristura la mofa que poco antes mostraba el gobernador de Amberes y decía:

—No se podía creer humanamente que fuese posible cerrar con manos de hombres río de tan poderosa condición.

Quedó, pues, cortado y cerrado el Escalda para los sitiados de Amberes, que ya no podían hacer de él el uso que pensarán, en tanto que las tropas de Felipe II pasaban con toda tranquilidad y mucho sosiego por medio de aquel puente de troncos, de la provincia de Brabante á la de Flandes.

El cauce del río se trocó en pasadizo.

Y empezó el asedio, que fué duro y funesto para los sitiados. Pero no se piense que las furibundas derrotas, como la de Bois le Duc y la rendición de Bruselas, tomada por hambre, les desalentara, que también en ellos la industria suplía con ventajas á la fuerza.

Un ingeniero italiano llamado Giacomo Giam-

belli, que antes estuvo al servicio de España y por ambiciones ó desaires se apartara della, hizo construir varios brulotes y cuatro navíos de forma extraña. Cada uno delllos llevaba en medio una mina hecha con mucha solidez y llena de pólvora, balas, piedras y otras materias pesadas; entre ellos, cuatro eran de tan monstruosa magnitud que más que navíos semejaban ciudades flotantes.

En el fondo, y á lo largo destes navíos monstruosos hizo un grueso suelo de fábrica lleno de pólvora, embovedado de piedra y cargado con grande cantidad de pelotas de hierro, clavos, cuchillos, pedazos de cadena y ruedas de molino; puso encima enormes vigas trabadas con grapas y cubiertas con gruesos tablones impregnado todo de pez y azufre.

Del centro de la mina salía una mecha tan larga como era menester para que ardiese en llegando al puente de los españoles...

El 4 de Abril por la noche fueron lanzadas al agua estas destructoras máquinas, muy bien provistas de llamativas luminarias para cautivar la atención de nuestro ejército.

Como no llevaban quien las gobernase, unas encallaron y otras fuéronse á fondo; sólo una consiguió romper el puente de barcas llegando á tocar el principal de troncos que uníase á la estacada del lado de Flandes.

Así como vieron los españoles que pasado un breve espacio nada anormal acontecía en él, abordáronle en crecido número, y aun el mismo Duque hubiera entrado de no habérselo impedido un alférez que era sabidor de las diabólicas industrias que acostumbraba Giambelli.

Apenas Farnesio había dado oídos al prudente oficial, cuando explotó la máquina haciendo la más espantosa catástrofe de que en mucho tiempo se tuvo noticia.

Parecía que cielo y tierra habíanse desgajado.

En la confusión que se produjo pudo tomar el enemigo una venganza, mas no supo aprovecharse y en lugar de atacar por el puente ya quebrantado hízolo rompiendo los diques, pretendiendo con ello entrarse por los campos convertidos en mar, pero también en esto sin desatender á los estragos causados, alcanzóles el genio del duque de Parma, y aunque con nuevas máquinas pretendieron otra sorpresa, nada lograron ya, porque el puente fué dispuesto de tal suerte que al llegar á él separábanse los navíos que le componían yendo muy lejos á hacerse pedazos.

El ataque á la ciudad no tardó mucho en empeñarse cuerpo á cuerpo, entrándose los españoles puente adelante y tomando la plaza.

Diz que más sangre costó, de entrambas partes, que agua lleva aquel doméstico río, tan dócil á la voluntad del hombre, y parece que el austero monarca hispano, tuvo por más grande esta victoria, que dióle Alejandro de Farnesio, que aquella otra que en San Quintín alcanzó el Marqués de Pescara.

DIEGO SAN JOSÉ

# PÁGINAS GLORIOSAS DE LA GUERRA



## EL ÚLTIMO SIRVIENTE DE UNA BATERÍA

Christopher Clark, el gran dibujante inglés, agregado al Ejército de operaciones en Francia, ha reconstituido este momento épico en que un artillero británico, solo superviviente de su batería, en la batalla de San Quintín, sostuvo el fuego con el único cañón útil, hasta que el coronel del regimiento le obligó a retirarse por la fuerza

ATENE  
BIBLIOTECA  
MADRID \*



## CUEENTOS ESPAÑÓLES



## SORTILEGIO

EN los estados del Conde Biánor corría de boca en boca el temor de un maleficio injusto. La Condesa Mariflor, segunda esposa del magnate, se agostaba sin remedio, en lo más florido de su juventud. Y era tan bella, tan bondadosa, que en patios y cuadras del castillo, en majadas y leñeras del monte, en los molinos y en las quinterías, las buenas gentes renegaban del Genio Malo que tan triste suerte deparó á la señora Condesa. ¿Qué mal la consumía? ¿Qué viento traidor había tornado violetas las rosas de su semblante? ¿Qué pesadumbre inclinaba su frente? ¿Qué temporal azotaba sus ojos y anublaba su vista?... Los cirujanos más famosos del reino husmearon sus libros sin hallar un remedio á los males de la Condesa. Hechiceras y astrólogos enviaron misteriosos mensajes á los remotos países del Sortilegio y no llegó en malhora el amuleto salvador que tanto regocijo habría suscitado en los dominios del Conde Biánor. ¿Qué sería, Señor?

No era ambición ni avaricia, porque Mariflor, garrida moza de los oteros, en gracia de sus gracias, mereció ser condesa, rica y poderosa como la reina más alta de terrenales reinos. No era tedio, sin duda, porque á su voz cantaban sus doncellas como otros tantos juglares de divina voz; músicos y poetas le brindaban sonatas y madrigales, á su antojo, y hasta un bufón, que es diversión de reyes, había llegado de ignorados lugares para aliviar las horas de fastidio, con las grotescas farsas de su ingenio. El Conde era ya viejo, ciertamente, mas no gozaba fama de caduco, sino de afanoso amante de doncellas, que, en los tiempos de viudez del señor, hurtábanse á sus ojos para no merecer su codicia. ¿Cómo volvióse Mariflor, si de tanto regalo estaba servida?

A las puertas del noble castillo acercóse un día, en demanda de pan, una vieja muy vieja y muy sabia, según pregones de la gente campesina. Muchos años vivía en una cueva, allá en lo más abrupto de la serranía, y nadie tuvo que reprocharle bajas acciones, sino que, de buen grado, movíase á compasión, en oyendo quejumbres, y á manos llenas entregaba hierbajos y comimientos á todo aquel que sufría quebrantos del alma en amores mal acabados, en deseos perdidos y en otras aflicciones que tanto refugio hallan en la estirpe de Adán y Eva. Llamábase Margarita y los labios pecadores de los contornos apodábanle *Diabla*, porque no dieron con otro mote que mejor cuadrara á sus diabólicas apariencias, aun sabiendo que era un alma bendita.

El Conde Biánor, amargado por la tristeza de su joven esposa, no quiso más que saber la llegada de la *Diabla* para contarle el caso y tales promesas de bienandanza le otorgó la advenediza que un instante después la encerraron con la Condesa para que la estudiase á su antojo. Y, entre tanto, el viejo Conde con sus leales siervos aguardó en la capilla, elevando preces á sus patronos por el éxito feliz de la empresa. Que no era cosa de abandonar la esperanza de un milagro á las artes profanas de aquella bruja, cuando también podían avenirse el Cielo y el Infierno.

Reunido el Conde con todos los servidores del castillo en la estancia más suntuosa, recibió á la *Diabla* con temblores de irreprimible emoción y así oyó de los labios de la hechicera su profecía solemne.

—Curará la Condesa—decía Margarita con tonos de convicción—cuando escuche la canción del Deseo, que no hay más que un mortal que

la sepa. Buscad á ese mortal, Conde. El salvará á Mariflor.

Y la *Diabla*, desdentada y caduca, se fué monte arriba sin aguardar el pago de su agüero.

Atónitos quedaron los oyentes, sin comprender, en sus torpes inteligencias, cómo una cancioncilla pudiera amortiguar en el corazón de la Condesa aquel desaliento que la tenía marchita. Pero la antorcha de la fe guiaba á todos y presto se acomodaron en sus arneses los más briosos caballistas y marcharon en pos del hombre elegido para aliviar á Mariflor de sus duelos.

Y de Norte á Sur, de Levante á Poniente no quedó palmo de tierra por donde no galoparan los corceles del Conde Biánor.

ooo

...Y un día y otro llegaban al castillo diversos trovadores con la esperanza de triunfar en la liza espiritual. Pero la canción del Deseo, la misteriosa canción que guardaba virtudes de conjuro no debió de sonar en los oídos de la castellana, porque más y más se cubría su rostro de nuevas azucenas que iban borrando el carmín de aquel bello semblante, como si una nevada milagrosa cubriera un jardín de rosales. Nuevos y atrevidos donceles pretendían desgranar sus trovas en la cámara de Mariflor. ¡Vanias ilusiones! La Condesa doliente los miraba á todos con un escepticismo capaz de ahogar en la garganta la voz del más osado juglar. Bastábale á Mariflor ver al pretendiente para adivinar su fracaso. Y en el castillo se cernía sobre todas las almas la desolación. Las dueñas oraban entre dientes, las doncellas suspiraban por no morir en llanto, los mayordomos, los rodrigones, los halconeros paseaban silenciosamente y el bufón, jiboso y

es:evado, se reía de los trovadores; pero después del fracaso de cada uno, lloraba en los rincones. Y Mariflor se moría...

ooo  
Márgara, la *Diablesa*, no tornó al castillo desde el día de su consulta. Nadie la vió por los alrededores y hubo quien, malicioso, temió que el agujero de la vieja fuese una vil argucia con que disimular su ignorancia. Llegó á oídos de la hechicera la opinión que en su contra habíase formado y bajó de la sierra para justificarse ante los descreídos.

A la mitad del sendero, dió con el bufón.  
—¿A dónde vas?—le dijo la *Diablesa*.  
—Marcho en tu busca. Yo quiero salvar á Mariflor, que muere en la estrechez de su estancia.  
—Tú no puedes salvarla—repuso Márgara sentenciosamente. Y en su boca desdentada y sucia asomaba una sonrisa burlona.—La condesa morirá de amores. ¿Por quién? Yo te lo diría,

Mariflor, la Condesa doliente, velaba detrás de las vidrieras de su estancia y sus ojos, anhelantes, interrogaban al paisaje con su mirada triste.

Tembló la castellana, al ruido de unas breves pisadas y al volverse, temiendo una aparición infernal, hallóse frente á su bufón, tan desventurado, que no había merecido una sonrisa como premio de sus bufonadas. No pudo hablar Mariflor, porque en los ojos del intruso le pareció encontrar un imperativo de silencio.

—Señora: oid á vuestro siervo. Vengo á salvaros—dijo el contrahécho.

—¿Tú no sabes de mi mal?—contestó la condesa.

—Vuestro mal es amor... Como el mío. En largas vigiliás, esperais la canción del Deseo por donde nunca puede venir. ¿Queréis escucharme un romance?

—Ya te escucho.

Mariflor, inconsciente, dominada por el gesto

su esperanza. Y así el amor del tímido iba creciendo cuanto mayor le parecía el desvío de la condesa. Ya no satisfacía á su deso aquella breve contemplación tan de lejos, y renunciando á mejores empresas, contentaríase con vivir á su lado, con seguir sus miradas, con adivinar sus sueños; pero debo repetiros, señora, que el trovador en todo empeño veía un peligro para su aventura y no encontraba manera de armonizar las leyes del destino con tan menguada aspiración. Sabía que el sacrificio es la dádiva de que más presto hace uso el amor y á cambio de vivir junto á la hermosa, aparecióse con una jiba abrumadora, torció sus piernas en dos arcos, cubrió sus guedejas con pieles de cabrito y tantas mudanzas hizo en su persona que llegó á ser la befa de las gentes, con lo que sacrificó su gallardía y amordazó su orgullo. Pero pudo acercarse á la condesa y seguir su mirada y adivinar sus sueños.



del bufón. Se murmura de mis sortilegios y me importa su defensa mucho más que el enojo del Conde y la vida de Mariflor.

—Me lo dirás, *Diablesa*.  
—La castellana tiene que oír la canción del Deseo, cuyo nombre es un símbolo no más. Bajo su ventanal la ha cantado cien noches un trovador y ya dos años hace que no ha vuelto. Mariflor ama á ese misterioso mancebo. El le importa y no la canción que en sus labios sonara. ¿Me entiendes, bufón? Tú no puedes salvar á la condesa, porque el trovador era rubio y joven y bello. Si la Muerte no lo llevó en volandas á las estrellas, él, sólo él, puede volver las rosas al semblante de Mariflor.

Calló la maga. En sus fauces sin dientes, volvió á pintarse una mueca de burla. Y el bufón, jiboso y estevado, pensaba...

ooo  
La noche era un concierto de vagos rumores: noche solemne. Los guardias del castillo dormían, porque era tiempo de paz. En el parque vecino, las arboledas se mecían acompasadamente bajo un rayo de luna, que dibujaba encajes en los senderos.

del triste bufón, se apercibió á recibir el secreto de algún inexorable designio.

—Imaginad, señora,—comenzó su recitado el jiboso—que un trovador tan pobre en su escarcela como fantástico en su corazón, hubiera puesto sus ojos audaces en la más alta señora de su reino. Es el amor caballero tan osado que no repara nunca en su propia condición, ni menos sabe de alcurnias ni riquezas. Pero albergóse en un sér tan mirado, tan cuidadoso de no perder partidas con menosprecio de su natural orgullo, que apenas pudo llevar al trovador su huésped hasta los contornos de la mansión encantada, bajo cuya techumbre reposaba la gentil señora. Y allí el doncel, temeroso de no ser escuchado ni visto, pero más temeroso de una derrota, gozábese en cantar sus tristezas, con la misma ilusión que las cigarras pregonan su alegría. Veía á la condesa—porque también fué condesa la dama del romance—aunque de lejos y muy brevemente, y esto bastó por muchas noches para colmar el deseo de nuestro héroe. Mas sabed que la castellana, prodigio de hermosura y de castidad, jamás tuvo para su rondador un gesto de complacencia, ni una señal de halago á

Mariflor, la triste, la doliente, no sabía interrumpir el romance; pero halló más sublime el concierto de la noche y más intenso el brillo de la luna. Y aun en sus ojos temblaron las lágrimas, cuando empezó á sentir á su lado una canción dulcísima, como un eco tornando de una lejanía. Entre espantada y vencida, vió al bufón erguirse sobre sus piernas deformes; le pareció que su joroba de Polichinela se esfumaba en el aire como una pompa de jabón; su tosca pelambre voló como una maraña que arrastra el viento por el monte y cayó sobre los hombros del romancero una cascada de volutas de oro... Y en la noche solemne y armónica, se oía un nuevo fimbre penetrante, como el silbo de la flauta de Pan.

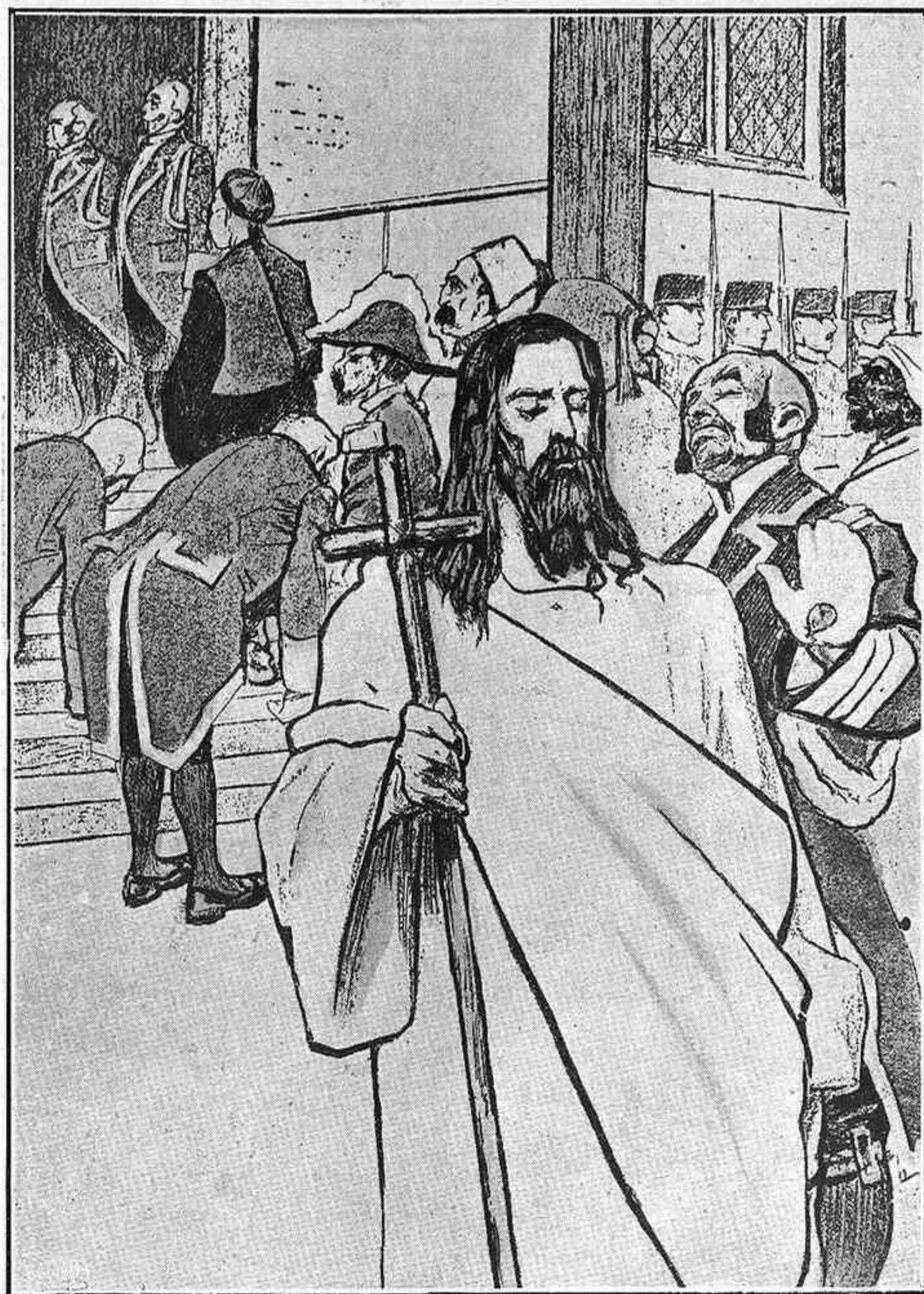
ooo  
Cuando en los estados del Conde Biánor se supo que en un mismo día perdiéronse la condesa divina y el bufón jiboso y estevado, en patios y cuadras del castillo, en majadas y leñeras del monte, en los molinos y en las quinterías, las buenas gentes pensaron que el mal de Mariflor era... locura.

FEDERICO ROMERO

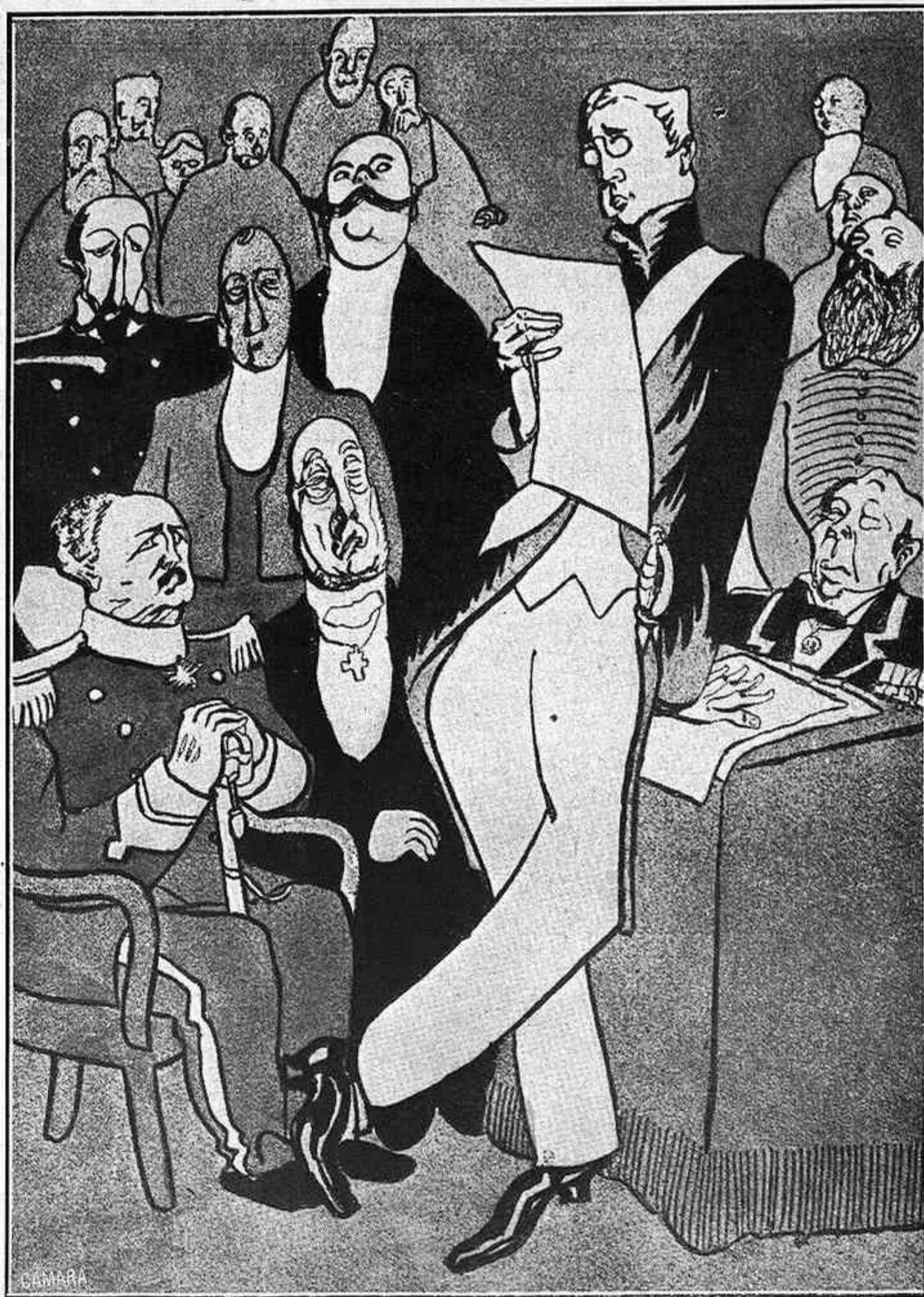
DIBUJOS DE DHOY

EL HUMORISMO Y LA GUERRA

CARICATURAS DE AYER Y EPISODIOS DE HOY



**CRISTO.**—(En el Palacio de la Paz).—Le advierto, amigo mío, que yo soy el verdadero representante de la Paz sobre la tierra.  
**EL LACAYO.**—No lo dudo. Pero como no representais á ningún ejército, no podeis entrar ahí.  
 (Weckbland, Amsterdam).



**INGENUIDAD GERMÁNICA.**—(El alemán leyendo).—“La conferencia decide por todo los votos contra cuatro, que de ahora en adelante la destrucción de una flota será considerada como una descortesía...”  
 (Lustige Blätter, Berlín)

DICE Shelley en su *Defensa de la poesía*, hablando de los poetas: «Los poetas, de acuerdo con las circunstancias de edad y nación en que han aparecido, se llamaron en las primeras épocas del mundo legisladores ó profetas. Un poeta comprende y une esencialmente esos dos caracteres, porque no sólo contempla el presente, intensamente, tal como es, y descubre aque-

llas leyes en concordancia con las cuales deben ordenarse las cosas presentes, sino que contempla en el presente el futuro y sus pensamientos son los gérmenes de la flor y del fruto de los últimos tiempos».

Esto que el gran poeta inglés afirmaba de sus compañeros de ensueño y de quimera, podría afirmarse también de los caricaturistas. Don de profecía tienen sus lápices y así como adivinan en las personas ó en los acontecimientos el rasgo característico ó el episodio que los resume, así también adivinan y presienten la vida futura.

En más de una ocasión nos ha sorprendido hojeando periódicos viejos, el presentimiento, entonces, de hechos contemporáneos ahora. Diríase que el caricaturista posee, como los magos, sacerdotes y sibilas de las antiguas teogonías, secretos incomprensibles é inextricables para los hombres de su época.

No es de hoy esta cualidad de la caricatura—entre otras muchas admirables que colocan el arte humorístico por encima de todos los demás—. Sin retroceder demasiado, recordemos la famosa *Pérdida del juego suizo* del año 1499 que anticipó el porvenir en lo referente á las ambiciones de Luis XII respecto de Nápoles.

Ahora, por ejemplo, examinando varias caricaturas publicadas en periódicos de todo el mundo, hace siete años, con motivo de la última Conferencia de la Paz, vemos asombrados hasta qué punto los autores de ellas supieron profetizar sucesos de este año de desgracia de 1914.

Entre las que reproducimos hay alemanas, francesas, inglesas, italianas, holandesas y yanquis...

Comentemos brevemente algunas de ellas.



**EL ZAR.**—Envaine usted la espada, mi querida aliada, y venga usted conmigo al Congreso de la Paz.  
**FRANCIA.**—Que me devuelva Alemania la Alsacia y la Lorena y entonces... veremos.  
 (Puck, de Nueva York)

rumbo que pretendía señalar el Zar de Rusia, Alemania respondía sonando sus armas, irguiendo las águilas de su casco y ofreciendo al sol su coraza resplandeciente.

En el *Punch* de Londres, la Paz quiere cortar las garras al águila germánica y el águila se opone alegando que prefiere tenerlas bien largas. En *L'assiette au beurre* se ve al Emperador Gui-



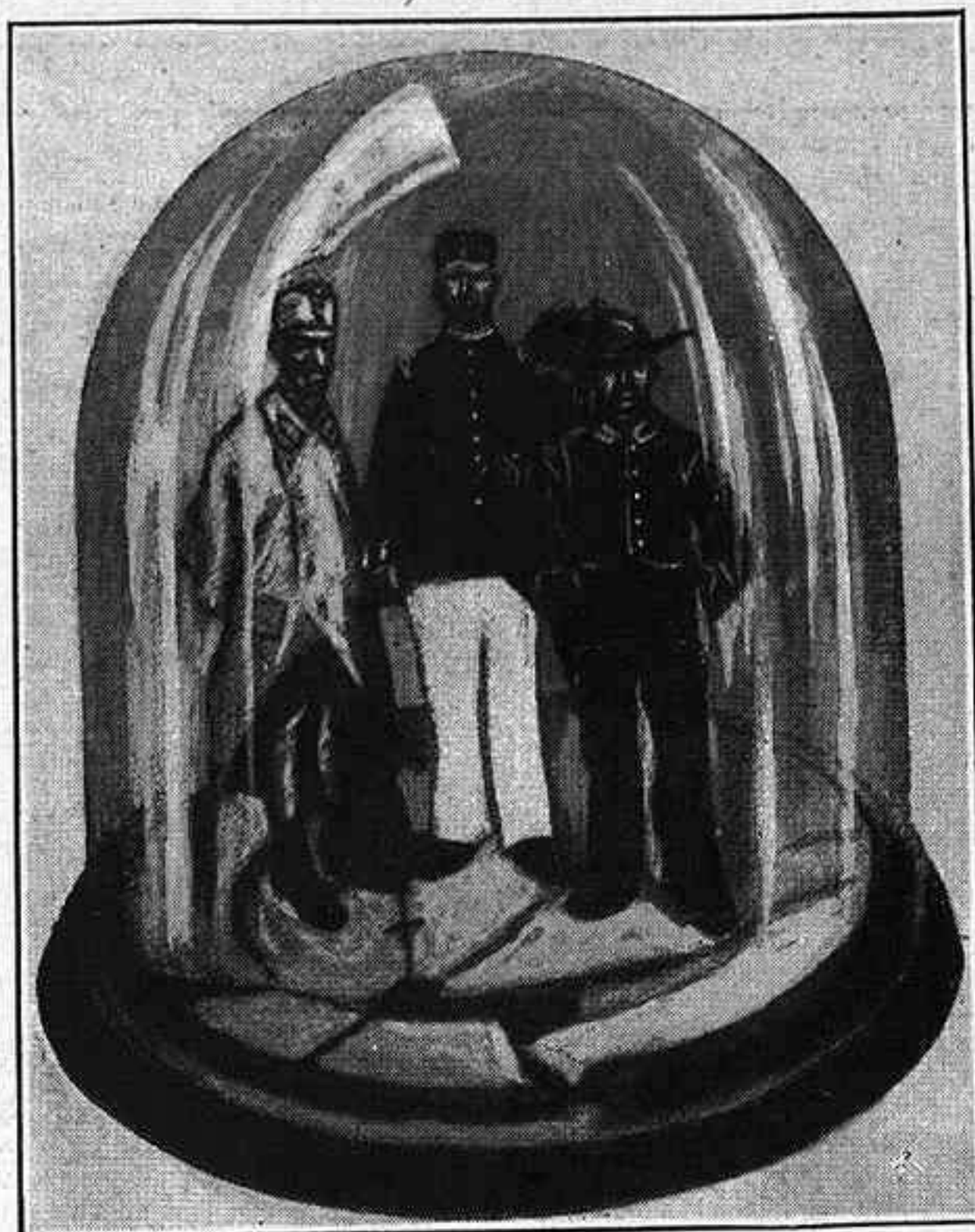
**LA PAZ.**—¿Me permites, querida amiga, que te corte las garras?  
**EL AGUILA GERMÁNICA.**—Muchas gracias: prefiero tenerlas bien largas.  
 (Puck, de Nueva York)

Lo que resalta á flor de mirada es la oposición alemana á la paz, y el orgullo altivo de su ejército. Mientras las demás naciones seguían el

□□□



**MARTE** (aprovechando el momento en que las potencias discuten la Paz universal).—Ahora ha llegado el momento de acercarme á la tierra y ver cómo viven sus habitantes.—(*Lustige Blätter* de Berlín)



Nuevamente se presenta á Europa la Triple Alianza; pero hay que presentarla bajo fanal porque es demasiado frágil.—(*Simplicissimus*, de Munich)



**GUILLERMO II.**—¡Soldados! ya sabéis que en La Haya todas las potencias se reúnen para proclamar la Paz universal. Vosotros estad siempre dispuestos á... la guerra.—(*L'Assiette au feu*, de París)

llermo arengando á sus tropas y recomendándoles la guerra, mientras las demás naciones trabajan por la paz.

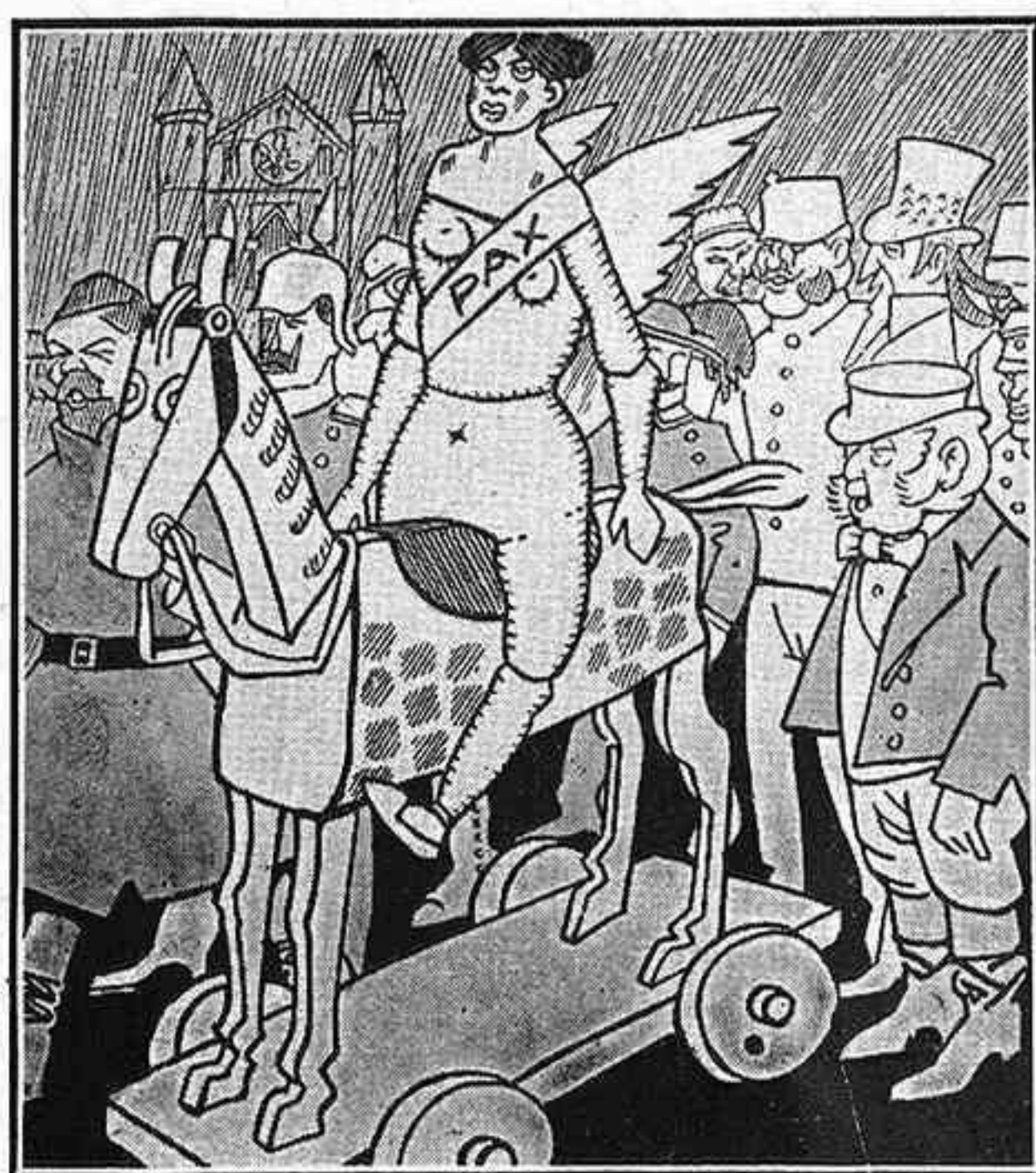
En *Le Rire* (de París también) el soldado alemán responde á tres potencias europeas que no está dispuesto á limitar sus armamentos, sino á aumentarlos. Acaso en esta diferencia de criterio se vea la razón de la derrota francesa y del triunfo alemán. De nada sirve que una nación prefiera la prosperidad de sus aspectos pacíficos á la de los bélicos si el enemigo opina lo contrario. Además es curioso observar que en esta caricatura están juntas Francia, Inglaterra y Rusia, sola Alemania, y en último término, sin intervenir en la discusión, Italia. ¿No es acaso una profecía este dibujo?

También lo era el del *Simplicissimus*, de Munich, referente á la Triple Alianza. Sobre una peana rota y debajo de un fanal están Austria, Alemania é Italia. «Así hay que presentar á Europa la Triple Alianza porque es demasiado frágil», dice la leyenda del dibujo.

Tan frágil que, ya lo veis, apenas ha sido preciso entrar en lucha, se ha roto. Lógicamente había de ser así. Las diferencias de raza no puede borrarse nunca. Esto puede ser un aviso para los que en nuestra nación hablan de alianzas germánicas, para los que, fuera de España, confían en la intervención japonesa.

Y, á propósito; también un caricaturista supo adivinar esta intervención del Oriente en las luchas occidentales. Ved esa caricatura del *Fischietto* italiano. Las cuatro naciones hoy en guerra: Francia, Alemania, Inglaterra y Rusia (Austria ya sabemos que es sólo el pretexto) se ven detenidas por Asia que las ofrece su casa para luchar y les ofrece, además, ser «lo más desagradable posible». ¿Acaso la declaración de

guerra del Japón contra Alemania no significa eso mismo? Ofreciéndose á Rusia, apoderándose de posesiones germánicas, adquiriendo para lo futuro el derecho á intervenir en las discusiones y rencillas europeas, el Oriente tal vez procura algo más que un altruista deseo de castigar el orgullo alemán. Y este algo no puede ser muy agradable para Europa.



**FELIZ ENTRADA DEL ANGEL DE LA PAZ**  
UNOS.—¡Hossanna! ¡Hossanna!  
OTROS.—¡Oh! Señor, protégela!  
TODOS.—¡Viva el ángel de la Paz!  
EL CABALLO.— Me parece que este muñeco no sale sano.—(*Del Uilenspiegel*, de Rotterdam)

Veamos ahora otros aspectos.

En el *Puck*, de Nueva York, el Emperador ruso invita á Francia á que envaine su espada y le acompañe al Congreso de la Paz. Francia se niega: «Que me devuelva Alemania Alsacia y la Lorena, y entonces, veremos»—responde.

Es la obsesión francesa, su idea fija desde «la debacle». Alemania lo sabía. Sabía que apenas se iniciara la guerra, Francia correría á reconquistar la Alsacia y la Lorena y descuidaría la defensa de otras fronteras. Porque en esta guerra, el aspecto romántico, sentimental, pleno de simpatías á nuestra raza latina, es el de Francia.

En el *Lustige Blätter*, de Berlín, un diplomático lee á los demás la aprobación de un artículo del Convenio. Según este artículo «la destrucción de una flota será una descortesía». Es Alemania la que habla; Alemania cuyo poderío naval no es, ni mucho menos, el de su ejército terrestre. ¿Y á quién se dirige? Es bien claro: á Inglaterra, la nación que puede destruir la flota germánica y que pone la corrección y la «cortesía» por encima de todo.

Finalmente, esa caricatura holandesa donde se le niega á Cristo la entrada en la Conferencia de la Paz no puede ser más cruelmente representativa. Tú no puedes entrar en ese Palacio, porque no representas á ningún ejército. Tu Ejército, Señor, es de los hombres humildes, y estos hombres no llevan armas, no necesitan poner diques y fronteras á sus odios, porque no sienten odio, sino amor. Pero no es bastante ese grupo de hombres, puros de corazón, que te siguen. Cada vez es más pequeño, cada vez te abandonan más de ellos y van á engrosar las filas de los que ponen frente á tu lema: «Amáos los unos á los otros», el de: «Matáos los unos á los otros».

SILVIO LAGO



—Salud, amigos de la Paz... en Europa. Si tantas ganas tenéis de pelearos, tenéis mi casa á vuestra disposición y procuraré seros lo más desagradable posible

(*Fischietto*, de Turín)



**EL ALEMÁN.**—¿De manera que se trata de disminuir los armamentos?... Bueno; en ese caso, nosotros... los aumentaremos

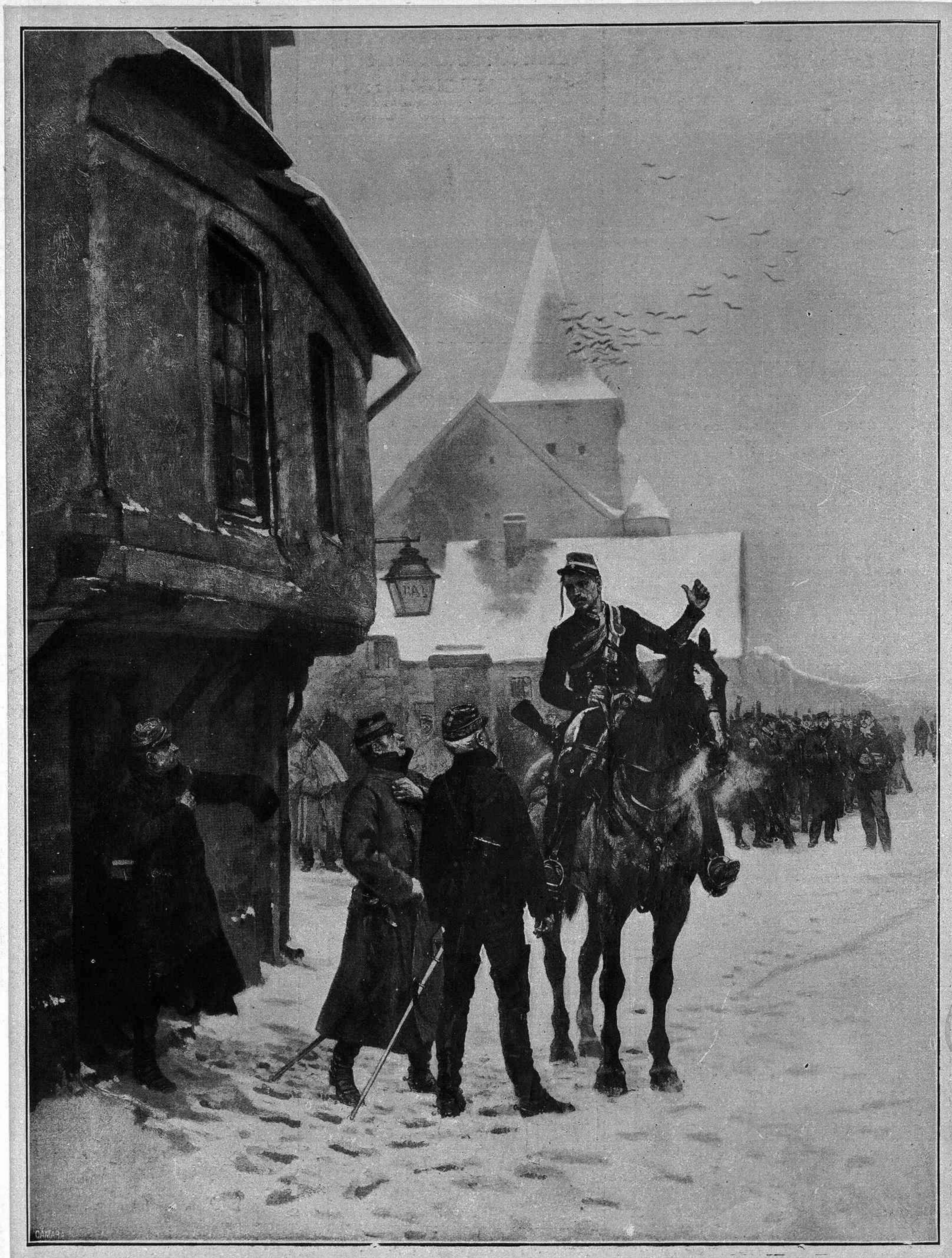
(*Le Rire*, de París)



**LA REINA GUILLERMINA.**—Ha llegado el momento de guardar toda nuestra loza de La Haya antes de que vengan los delegados del Congreso de la Paz y nos la hagan añicos

(*Lustige Blätter*, de Berlín)

# RÉCUERDOS DE LA GUERRA FRANCO-PRUSIANA

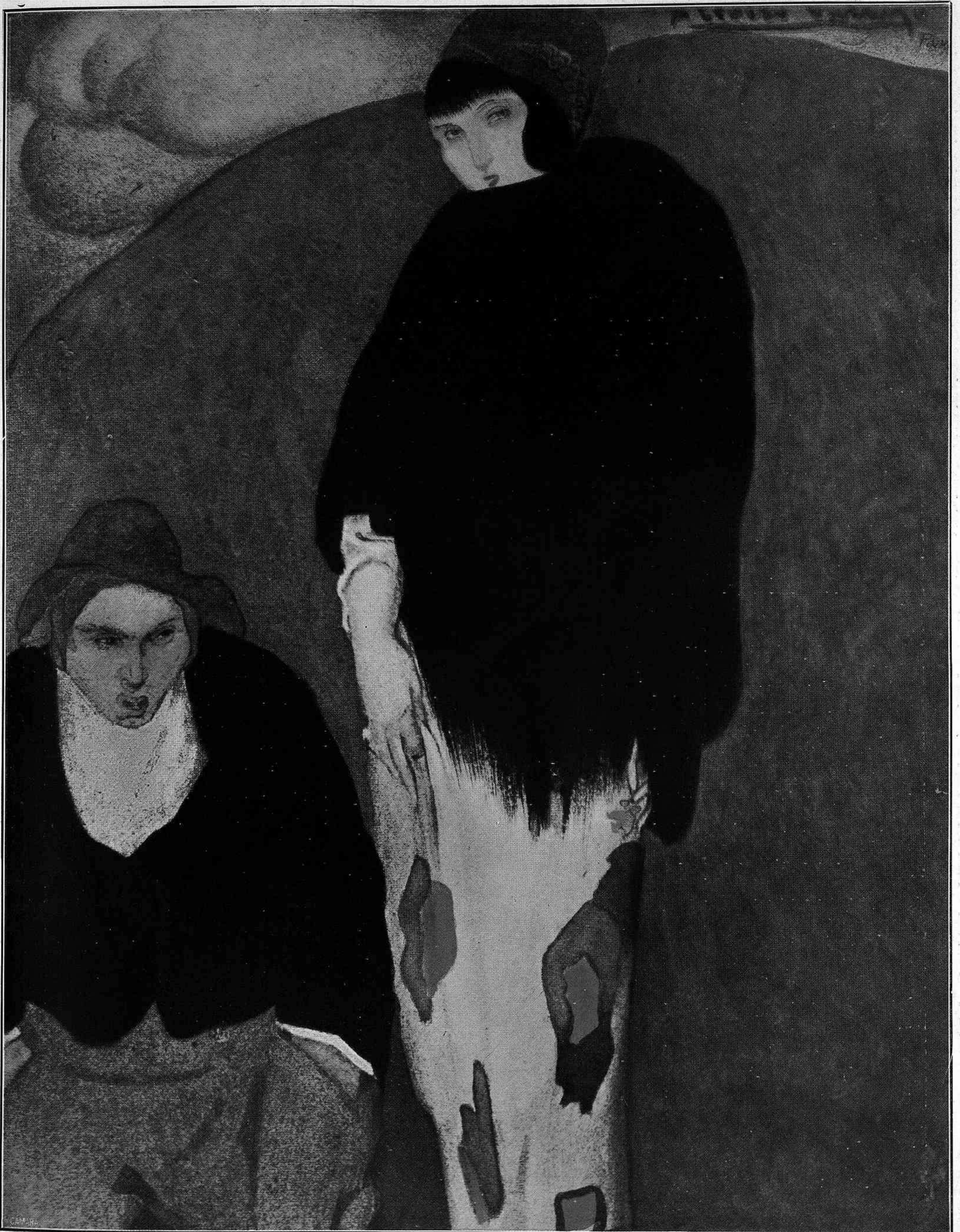


EL ALERTA

Cuadro de Eduardo Detaille

LA ESFERA

# ARTE MODERNO



LOS APACHES

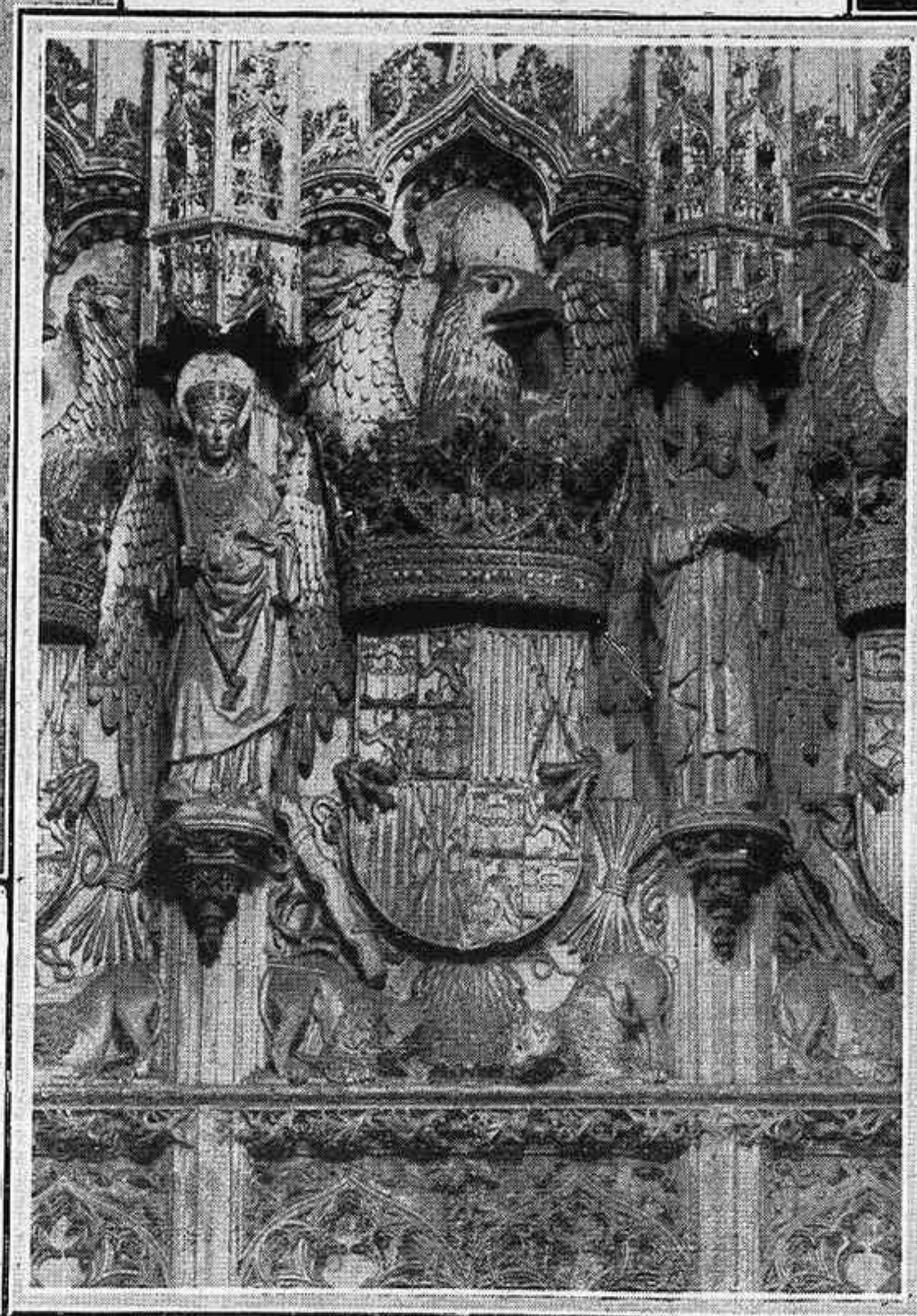
Dibujo de Cerezo Vallejo



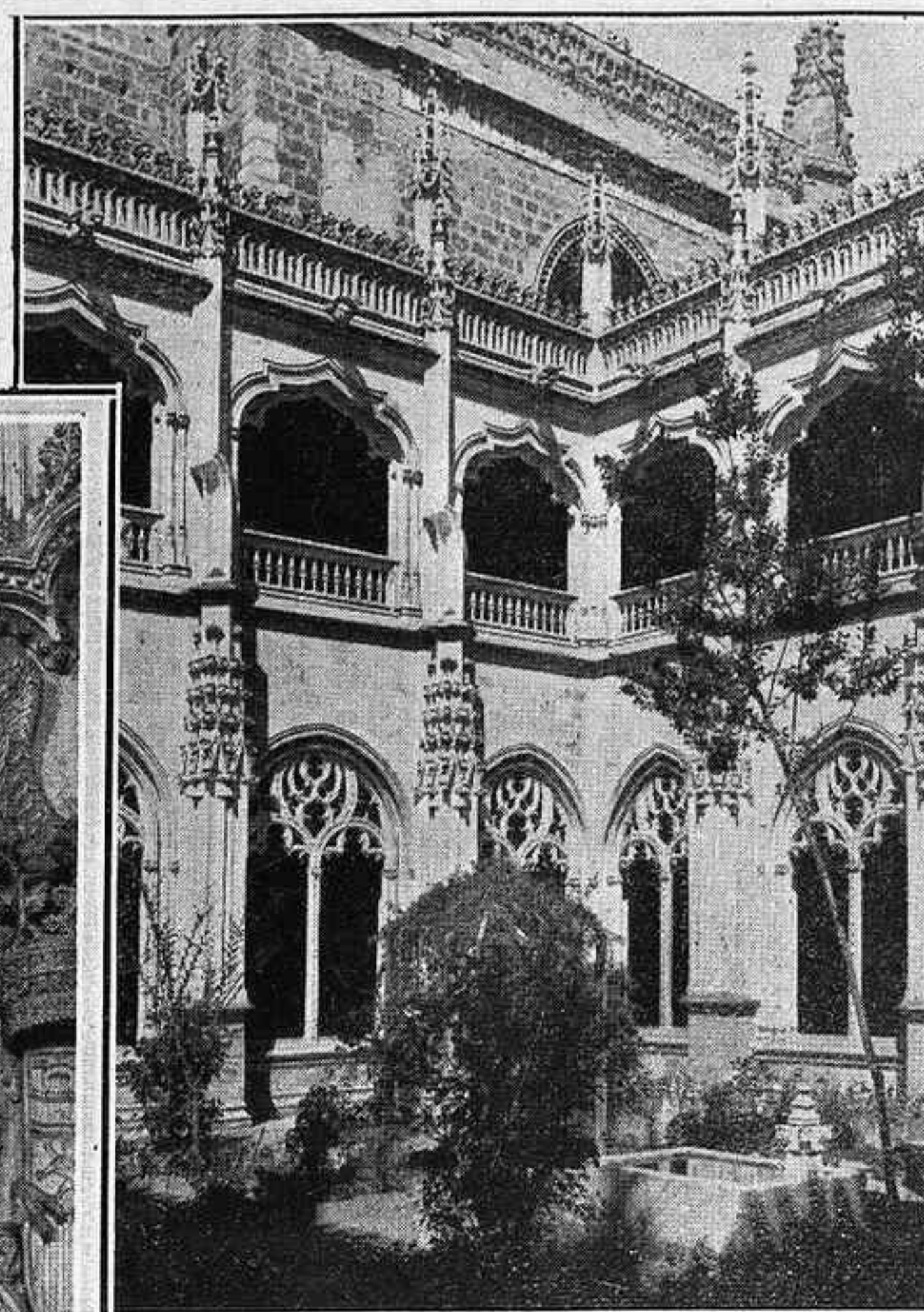
MONUMENTOS ESPAÑOLES  
**SAN JUAN DE LOS REYES**  
 :-: UNA JOYA DEL ARTE ARQUITECTÓNICO :-:



Puerta principal del templo



Detalle del crucero de San Juan de los Reyes



Un rincón del claustro

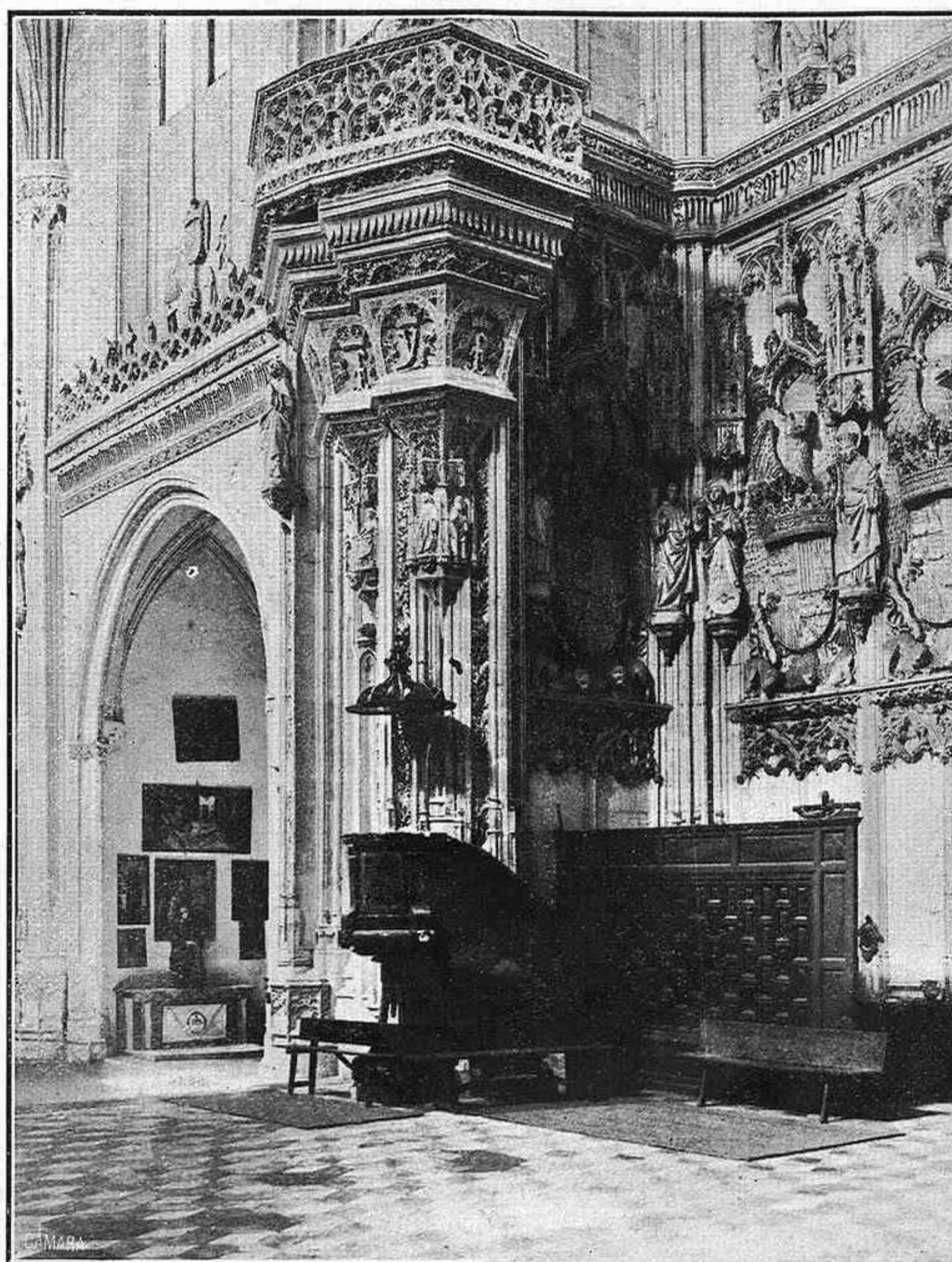
IGLESIA y monasterio fueron mandados construir por los Reyes Católicos en conmemoración de la victoria obtenida sobre los portugueses en la batalla de Toro. Se comenzó en los primeros meses del año 1476, sobre el lugar que ocuparon las casas de D. Alonso Alvarez de Toledo, contador mayor de Enrique IV, siendo su primer arquitecto Juan Guas, maestro mayor de la Santa Iglesia Primada y constituyendo su conjunto uno de los mejores ejemplares del estilo gótico en España. Los citados Reyes dedicaron durante toda su vida especial atención a este monumento, enriqueciendo su iglesia con

valiosos cálices, cruces y otros objetos de culto, y su biblioteca, con magníficos libros de coro y preciosas miniaturas. No obstante, no lograron ver su terminación, que tuvo lugar en el siglo XVII. El emperador Carlos V continuó la obra de sus abuelos, mandando construir el retablo de la capilla mayor (que hoy no existe) a los artistas mejor guardadores del arte ojival, y cerrando ésta con una suntuosa verja de hierro, fabricada por los más afamados artífices toledanos. También bajo su reinado se levantó otro claustro plateresco, adosado al antiguo por su parte oriental, é hizo asimismo donación a la iglesia de preciadas reliquias traídas de Italia.

El mismo monarca, deseoso de aumentar el prestigio del Monasterio, dictó en 1560 un decreto ordenando que se reuniese en él, el capítulo de todas las Ordenes Militares.

En el siglo XVIII empezaron ya las mutilaciones que ha sufrido esta joya arquitectónica, con la desaparición de la puerta principal abierta en la imafrente y en donde la Orden Tercera construyó a sus expensas una capilla particular, consiguiendo de los Franciscanos, a cuya custodia estaba encomendada la Iglesia, que se abriese una nueva puerta en el frente N.O. Esta, que es la hoy existente, desde por completo del resto del edificio y aunque atribuida por algunos a Covarrubias, no es creible que semejante artista planeara obra tan desdichada, que no es sino una mala imitación del estilo ojival del resto de la fábrica.

Por el siglo ya dicho sucumbió también el retablo mayor y su verja, bajo la manía que entonces aco-



Un ángulo del crucero de San Juan de los Reyes

metió de herosear las iglesias, sufriendo la misma suerte la otra verja de bronce que cerraba la capilla de San Antonio, traída de Milán por D. Sancho de Padilla.

Las huestes napoleónicas saquearon el convento y la iglesia al apoderarse de Toledo, estableciendo allí un cuartel y depósito de municiones y al abandonarlo lo incendiaron, desapareciendo todo el claustro plateresco y una gran parte del antiguo, completando su obra con la destrucción a balazos de las estatuas que adornaban el exterior del ábside. Con la expulsión de los franceses, volvieron de nuevo los Franciscanos y se comenzó la reparación de los estragos, mas al ser extinguidas las órdenes religiosas en 1855 y encenderse la guerra civil, cayó de nuevo en el abandono, destinándosele a depósito de víveres y más tarde a presidio correccional, medidas que sumaron a las ya sufridas, otras nuevas pérdidas artísticas. A ellas dió término la creación de los Monumentos históricos Nacionales, empezándose a devolver a esta obra la estimación perdida y dándose principio a su restauración.

Hoy está terminada por completo la del Claustro, en cuyas galerías bajas pueden admirarse los magníficos ventanales ajimeces de un sólo portaluz y delicado roseón de ondulante tracería y que juntamente con sus naves, ornamentadas por estatuas que bajo doseletes se hallan adosadas a los pilares, constituyen una muestra admirable del arte ojival florido.

De la iglesia, hállase ya reconstruida la parte más interesante, como lo es el crucero y la mitad de la nave central, encontrándose todavía en restauración la parte del coro. El retablo de su altar mayor, de estilo Renacimiento, fué traído a esta iglesia de la de Santa Cruz.

Lo más de admirar es la magnífica decoración de los muros extremos del crucero, formada en su zona inferior por cinco grandes ojivas floreadas en cuyo interior grandes águilas de una sola cabeza sostienen entre sus garras el escudo de Castilla y Aragón, con las armas de los Reyes Católicos, el yugo y el haz de flechas, a uno y otro lado. Estatuas de santos bajo afligranadas marquesinas, separan ojivas y escudos.

FOTS. BONILLA

M. BONILLA

LA RIQUEZA ARQUITECTÓNICA DE ESPAÑA



ATLANTICO DE  
BIBLIOTECA \*  
MADRID \*

CLAUSTRO BAJO DE SAN JUAN DE LOS REYES, UNA DE LAS MARAVILLAS DEL ARTE OJIVAL FLORIDO QUE SE CONSERVAN EN ESPAÑA

FOT. EONILLA



DE NORTE A SUR



El poeta José Jacinto Milanés (1814-1879), cuyo centenario se va a celebrar en Cuba

Las bombas aéreas

Al principio de la guerra pensamos en el fracaso de aeroplanos y dirigibles. A bellas fantasías de dibujantes, en los semanarios ilustrados, parecían quedar reducidas sus hazañas; lo que en tiempo de paz era una amenaza, al comenzar la guerra no pasaba de ahí tam-

poco. No faltaban espíritus escépticos y antipatrióticos que lo hallasen natural. No es lo mismo un raid de recreo que una exploración sobre un campo enemigo; no es igual luchar en tierra firme y en medio de miles de compañeros que, solo, en los aires, confiado á sus propias fuerzas. El valor guerrero en las batallas es casi siempre producto de la colectividad, de la emulación del ejemplo ajeno. Se fene la cobardía propia tanto como el valor enemigo. Fijáos cómo en casi todas las guerras mueren muchos oficiales y jefes militares y cómo á la muerte de ellos los soldados se desbandan y huyen.

«Es lógico» — dicen los escépticos.

Y gracias á ellos pensamos que fracasaría la guerra en los aires, ya que hace falta un valor personal é individual que no todos los hombres poseen... ó se creen obligados ó poseer cuando van reunidos por millares sobre la tierra.

El tiempo nos ha desmentido. Vemos la labor destructora de los zeppelines arrojando bombas desde alturas inaccesibles, destruyendo monumentos de gran valor histórico, importándoles bien poco que esta bomba caiga sobre un museo y destroce riquezas irreparables ó en un hogar donde ya no quedan más que mujeres y niños...

Sin embargo, para eso no hace falta gran valentía. La impunidad de la altura no exige excepcionales dotes de esforzado espíritu. Al contrario.

Y aún puede conseguirse mayor perfección en este modo de matar á la gente indefensa, sin peligro.

Desde que hemos convenido—á pesar de veinte siglos de civilización—que «la guerra es un mal necesario», la Ciencia se ha hecho aliada de la Muerte.

El señor Joseph Allison Steinmetz, de Filadelfia, vicepresidente del Aero Club de Pensilvania, ha inventado un nuevo sistema de bombas para aeroplanos. Pudieramos llamarlas, en cierto modo, «cautivas», puesto que descienden sujetas por un grueso cable. Esto permite m. s precisión en el ataque y más seguridades de que la bomba explote en el sitio elegido de antemano. Recuerda, en cierto modo, ese inocente juego que consiste en atar á un extremo de un hilo una bolita de papel para hacer cosquillas en la cara á los transeuntes que pasan por debajo del balcón donde está el chiquillo que sostiene el hilo.

Pero está tan lejos de esta inocencia inofensiva, como los dirigibles alemanes de los aeroplanos belgas y franceses. Mientras aquéllos arrojan bombas, éstos se limitan á lanzar banderas, flores y mensajes de consuelo y aliento sobre las ciudades en poder del enemigo.

Y es que, después de todo, el aspecto senti-

mental y simpático de esta guerra está en los hombres de nuestra raza.

José Jacinto Milanés

Después del de la Avellaneda, Cuba celebra el centenario de Jacinto Milanés. Ante los poetas de hoy que pueden cantar libremente la patria, evoca los poetas pretéritos, que la soñaban, redimida y fuerte, en tiempos dolorosos y esclavos.

José Jacinto Milanés perteneció á aquella generación del siglo XIX en que sobresalieron José María de Heredia, Gabriel de la Concepción, Valdés (Plácido) y Gertrudis Gómez de Avellaneda, la admirable. Como dioses menores se agrupaban en torno de ellos, Anacleto Bermúdez, Policarpo Valdés, Rafael María Mendive y Juan Clemente Zenea que escribió la mayor parte de sus poesías en la cárcel.

De todos ellos el más suave y líricamente sencillo fue Milanés. Toda su vida transcurrió en Matanzas, el pueblo natal, y murió el 14 de Noviembre de 1879 en la misma casa donde nació sesenta y cinco años antes.

No tuvo el viril y revolucionario ímpetu de Heredia, ni vió ensombrecidos sus días como el mulato Plácido por las bárbaras persecuciones.

Parece sonar en nuestros oídos la voz nasal y monótona del Carnehan imaginado por Kipling, cantando:

*The son of man goes forth to war,  
á golden crown to gain;  
his blood--red banner sireams afar--  
who follows in his train?*

Para más aplanadora desgracia, esta fuga de su reino de Albania ha pasado inadvertida. ¿Qué importa la grotesca aventura del pobre príncipe que soñara en ser rey cuando luchan las cuatro naciones más poderosas de Europa?

En su despedida al pueblo albanés que quisiera fuese romántica y que es de una ingenuidad demasiado candorosa, confiesa que le han abandonado las naciones que le empujaron á la aventura. ¿En qué ha consistido ese abandono?

En no darle dinero. Su situación era la del niño á quien los papás niegan dos pesetillas los domingos. No pueden ir al teatro, no pueden entrar al circo, ni siquiera se pueden comprar altramuces ó una espada de madera, con papel de estaño, para jugar á los banquetes y á los ejercicios.

Ahora, después del fracaso, surgen episodios crueles. Aquel retrato que le hicieron para que se colgara en el Palacio Real de Durazzo; este Palacio que parecía una casa para obreros y donde, según dicen, había más goteras que colgadurss y más ratas que servidores.

¿Y la entrada de Durazzo? Daba pena verles en una película cinematográfica, tan sonrientes, los príncipes de Wied detrás de un hombre que llevaba un cestillo de flores al brazo y de vez en cuando tiraba una ramita ó una florecilla al suelo...

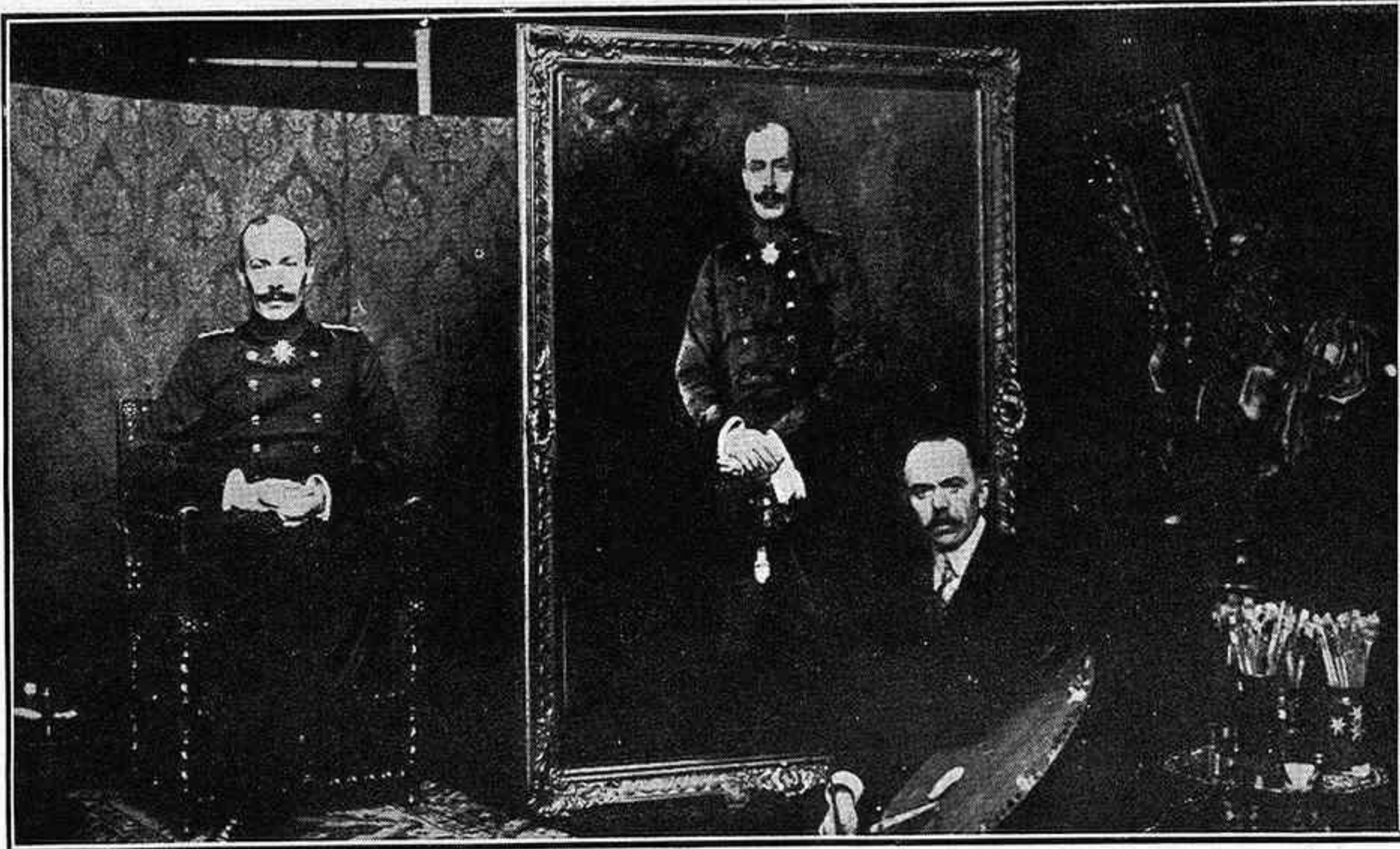
Los aspectos grotescos

El czar despoja á los soberanos de Austria y de Alemania de los títulos y del mando que tenían como coroneles honorarios de regimientos rusos.

En Inglaterra se prohíbe tocar obras alemanas

en las salas de conciertos.

En Alemania los dueños de tiendas y restaurantes, con títulos franceses, borran sus muestrarios y escriben títulos alemanes.— José FRANCES



EL PRINCIPE DE WIED

sirviendo de modelo al pintor alemán Schwarz, para un retrato destinado al Palacio Real de Durazzo

Su romanticismo, su concepto, acaso demasiado sensible, de la poesía, puede hallarse íntegro y representativo en *La fuga de la tórtola*. Su primer libro, titulado *Los cantares del Montero*, se publicó en 1841 y estaba escrito en colaboración con su hermano Federico, firmando ambos con los seudónimos *Miraflores* y *El Camariqueño*, respectivamente.

A esta obra, y ya con su verdadero nombre, siguieron el *Mirón cubano*, el drama *El Conde Alarcos* y otras de menor importancia.

En todas ellas latía la austera energía del poeta, enriquecida por la rigidez melancólica de la época. José de Armas, al hablar de Milanés en *El Figaro* dice: «Deseaba ver la juventud de su país, virtuosa, seria, animada por el respeto á los grandes ideales del progreso y del trabajo y por el horror á las degradaciones del vicio y de la holganza.» Esta juventud que él no pudo ver, como tampoco vió la libertad de su patria es la que hoy día engrandece á Cuba. Es la que forman Márquez Sterling, Pichardo, Bernardo Barros—uno de los más cultos y admirables escritores de Cuba—los Carbonell, el poeta Agustín Acosta, el dramaturgo José Antonio Ramos, los cronistas Hernández Cabrera, Francisco Cañellas y tantos otros que, ahora, libres en la Cuba contemporánea, siguen poniendo el amor á la vieja España, por encima de todo.

El hombre que quiso ser rey

Este título de una de las más ásperas y fuertes novelas cortas de Kipling, será en adelante la sombra del príncipe de Wied.



El presidente del Aero-Club de Pensilvania, Mr. Joseph A. Steinmetz, que ha inventado un nuevo sistema de bombas para aeroplanos

# RAMÓN PEÑA, EX BOULEVARDIER



El popular actor español Ramón Peña, en un autobús, recorriendo París

**S**ABEN ustedes quién fué el primer movilizado en París, cuando estalló el actual conflicto franco-alemán-austro-servio-anglo-belga-ruso-japonés... ¡y no recuerdo si algo más! ¡Ramón Peña, el popular cómico madrileño!

Claro está, que al saber que el actor del teatro de Lara estaba en París, la pregunta obligada que habrán de hacerse será: ¿Qué se le ha perdido á este hombre allí?

Como perdersele, nada absolutamente, pero tenía unos días de sobra, unos cuantos francos de más y quiso darse una vueltecita por el mundo. ¡Por Europa, como dicen los que creen que de los Pirineos para acá no hay nada notable!

Peña tiene sobre su conciencia artística la interpretación de bastantes personajes nacidos en extranjeras tierras; lógico es que tratase de ver cómo son los referidos personajes en su propia salsa y tras una resolución, que no calificaré de heroica, porque el ir á París, cuando él lo hizo, no tiene nada de heroísmo—¡ahora, sí!—consultó *consigo* y se adjudicó el siguiente papel: «Tourista 1.º, Sr. Peña» y ¡hale, á París!

¡Qué bonito estaba aquello, cuando nuestro hombre empezó á dar volteretas por los sitios más concurridos de la gran ciudad! ¡Cómo estará ahora!

Peña, colocado en el centro de París, realizó el programa que tiene todo el que por vez primera llega allí. Ir á todas partes, verlo todo, saborearlo todo y despedirse de los amigos que por allí quedan, diciendo:

—Chico, esto es hermoso. ¡Quién pudiera quedarse!

Porque eso sí; no hay viajero que vaya á París que no se crea que desde Poincaré, hasta el último pinche de cocina, todo el mundo vive en perpetua juerga.

—¡Vamos, no me diga usted! ¡Con las innumerables diversiones que aquí hay!...

Cierto, que París es bastante más divertido que Cadalso de los Vi-



Ramón Peña y Juan José Cadenas, reunidos en el domicilio de este último en París



Ramón Peña preguntando á un guardia las señas de Poincaré

drios, pero de eso, á pensar que allí la gente se pasa el día entre carcajadas, bullicio y alegría, hay una distancia enorme. Yo he estado dos años en París ¡y no he destapado una botella de champagne!

¡Pues calculen ustedes si habrá gente que se habrá imaginado que yo me pasaba el día, entregado al tango argentino!

Ramón Peña, aunque cómico chirigotero, es hombre formalito y su viaje casi puede calificarse de viaje de instrucción. Por eso se le ha visto correr de un lado para otro, admirando monumentos, estudiando costumbres, observando y, sobre todo, dándose perfecta cuenta de lo

que es el actual teatro francés. ¡De lo que era! digamos mejor, porque, Dios sabe cómo va á quedar eso y todo, después del conflicto actual...

Y ese fué el viaje. Las fotografías que de Peña publicamos en esta página, en torno de las cuales van estas líneas, son la prueba más elocuente de lo mucho que por allí ha danzado el notable actor, que tanto hace las delicias del público de Lara. Hasta ha echado mano del poco francés

que sabe, para preguntar á un guardia cuál era el camino más corto para ver á Poincaré.

Peña no ha querido decir lo que le respondió el representante de la autoridad, entre otras cosas, porque no entendió bien la contestación; pero un movimiento que hizo con la mano el guardia parisién le dió á entender que éste no toleraba pitorreos.

Y Peña, que lo preguntó muy en serio, ha sufrido un desencanto.

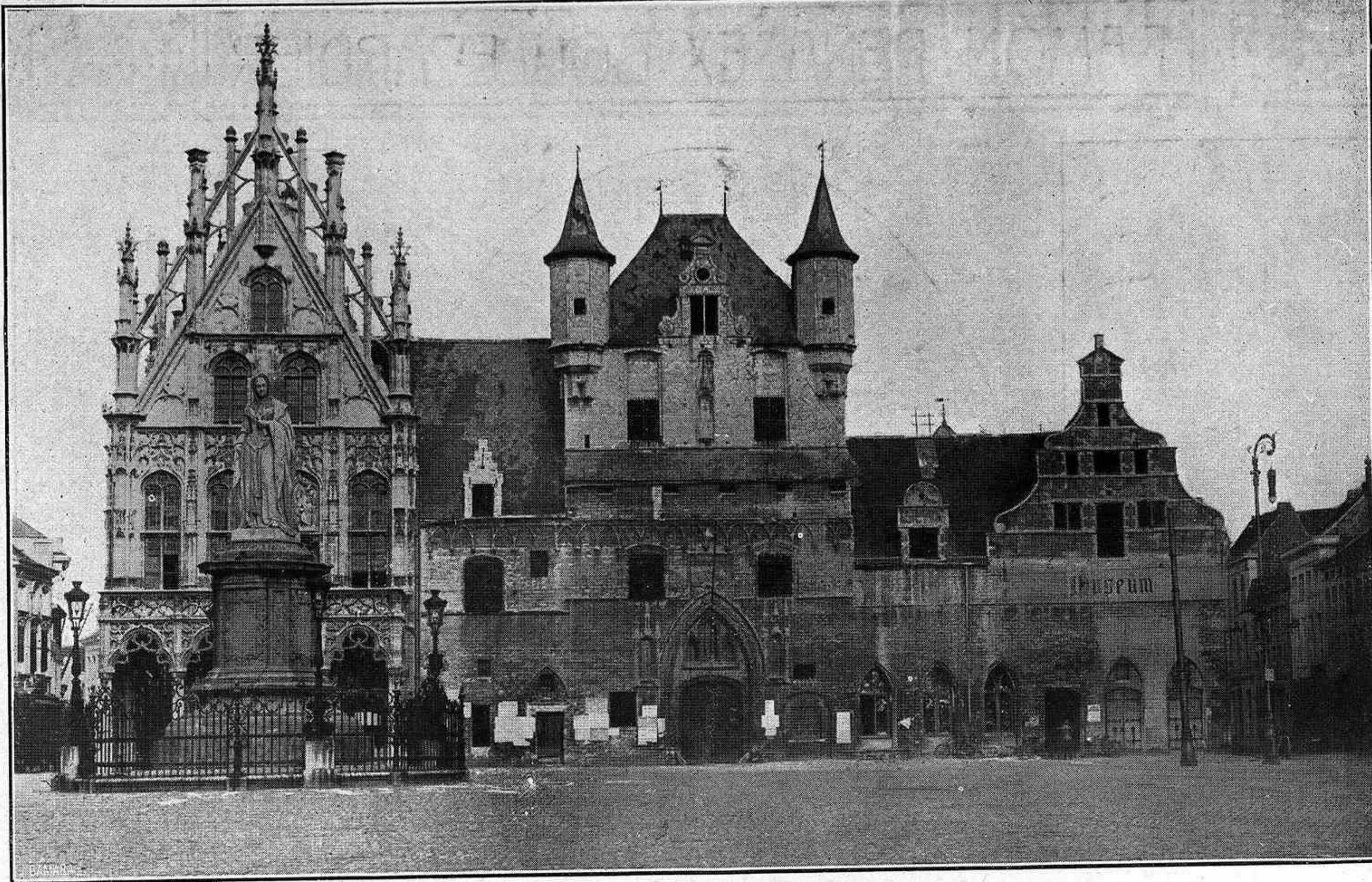
El no ha podido presentar sus respetos al primer magistrado de la República, pero ha estado muy á punto de verse ante otros, ¡porque si se descuida un poco va seguramente á la comisaría!

Y una vez allí, como no le hubiese convenido al comisario cantando *El Conde de Luxemburgo*...—B.



Peña, en la puerta del Moulin Rouge

FOTS. HISPANIA



El Museo público de Malinas (Bélgica), que ha sido destruido por las tropas invasoras

## LAS RUINAS DE LA GUERRA

EN la guerra, como en la guerra...» dice el adagio español. Y la guerra es eso; es destrucción, es arrasamiento, es muerte. Donde el caballo de Atila pone la planta no vuelve a nacer la hierba, se nos decía en el Instituto para ponderarnos lo que fué la avasalladora irrupción de los bárbaros. Y nosotros, chiquillos sentimentales entonces, retoño de la última generación romántica española, mirábamos con ojos llenos de miedo y espanto, desde la gradería del aula, al profesor que nos describía cómo las hordas feroces de hunnos, suevos y alanos asaltaban las ciudades, saqueaban, robaban, violaban, asesinaban...

Pero aquello era la historia; era un libro que teníamos que aprender y no una posible realidad de nuestros tiempos. Aquel libro contaba sucesos viejos, deformándolos, exagerándolos, confundiendo seguramente muchas veces la leyenda y la conseja popular con los hechos, y aun así, en los rigurosamente comprobados, no veíamos más sino que la Humanidad había pasado por épocas de barbarie y de locura. Mas eso había terminado para siempre. El feudalismo, el absolutismo, todas las tiranías y con ellas todas las causas personales que arrastraban a los pueblos a guerrear, habían sido liquidados por la revolución francesa... Verdad es que luego Napoleón el Grande y más tarde Napoleón el Chico interrumpen los días de paz, pero eso también quedó liquidado. «Una aurora—decía en su última página mi libro de texto, escrito en el último tercio del siglo XIX—de ideas nuevas, una aurora de civilización y de progreso, anuncia al mundo que el período de las luchas humanas ha terminado. El siglo XX será el siglo de la paz. La Humanidad no volverá a caer en las tinieblas del pasado.» ¡Pues, sí que ha resultado profeta el tal catedrático!

No ha habido día de paz en estos comienzos de un siglo que parecía nacido para cumplir las más altas

idealidades, y en el que los progresos científicos se compenetraban de tal modo con el crecimiento de la riqueza, que parecía imposible que este lazo se rompiera. Y se ha roto. Desencadenada la guerra, ha surgido la barbarie humana, sin freno ni escrúpulo, como en los viejos siglos. Se forja una confabulación de naciones para destruir a otra, para aniquilarla, para empozoarla, para acabar con su industria y su comercio, y esta nación, cuya existencia se litiga, se desborda sobre los pueblos vecinos, arrasando cuanto encuentra a su paso. En mil millones de francos se calculan los daños hechos en Bélgica, los campos arrasados, las ciudades derruidas. En otro tanto se valora la riqueza destrozada en la Prusia oriental y en Austria por el invasor ruso. ¡Y la guerra acaba de empezar!

Román Rolland, escritor francés, que durante muchos años fué un divulgador de Wagner y de

toda la cultura alemana, se ha revuelto contra Hauptmann, el admirable autor germano que ha intentado defender el violento surgir del espíritu teutón: «¡Ensañaros—le dice—contra el pequeño país belga, harto desgraciado é inocente, es una vergüenza! No sólo os desatais contra la viviente Bélgica, sino que guerreaís contra los muertos y contra siglos gloriosos. Bombardeais Malinas, incendiais los Rubens, Lovaina ya es un puro pavés y un montón de ceniza... ¡Ella, la ciudad emporio de ciencia y santidad! ¿Quiénes sois, pues? ¿Qué calificativo quereís, Hauptmann, que se os dé ya que rechazais el de Barbarie? ¿Os considerais nieto de Goethe ó de Atila? ¿Guerreaís contra ejércitos ó contra la Humanidad? Matad hombres pero respetad las obras, pues ellas son patrimonio del género humano. Vosotros, al igual que nosotros somos los depositarios. Saqueándolas, según practicais, os mostrais indignos de esa grandiosa herencia, indignos de figurar en primera línea en el pequeño ejército europeo que constituye la guardia de honor de la civilización...»

Pero así hablan los literatos. Los hombres de guerra saben que los cañones no tienen ojos para ver el daño, ni oídos para escuchar el dolor, ni corazón con que compadecerse, ni conciencia para arrepentirse. Disparan para destruir, para arrasar. «Matad hombres—dice Rolland—, pero respetad las obras.» En esta frase se encierra uno de los más tremendos prejuicios de cuantos sustentan la posibilidad de las guerras. ¡Y eso lo dice un escritor, un hombre de ideas, de especulaciones intelectuales! Pues, eso es bárbaro, es tan bárbaro como cuando un hombre de acción, un militar como el general alemán Sheridan dice: «A la gente sólo hay que dejarla los ojos para que lloren la guerra y se arrepientan de haberse defendido.» Para mí, la mejor obra artística, las torres de Lovaina ó su museo plantino ó un cuadro de Rubens, no



La vía férrea de Amiens (Francia), destruida por efecto de la guerra

FOT. ROL

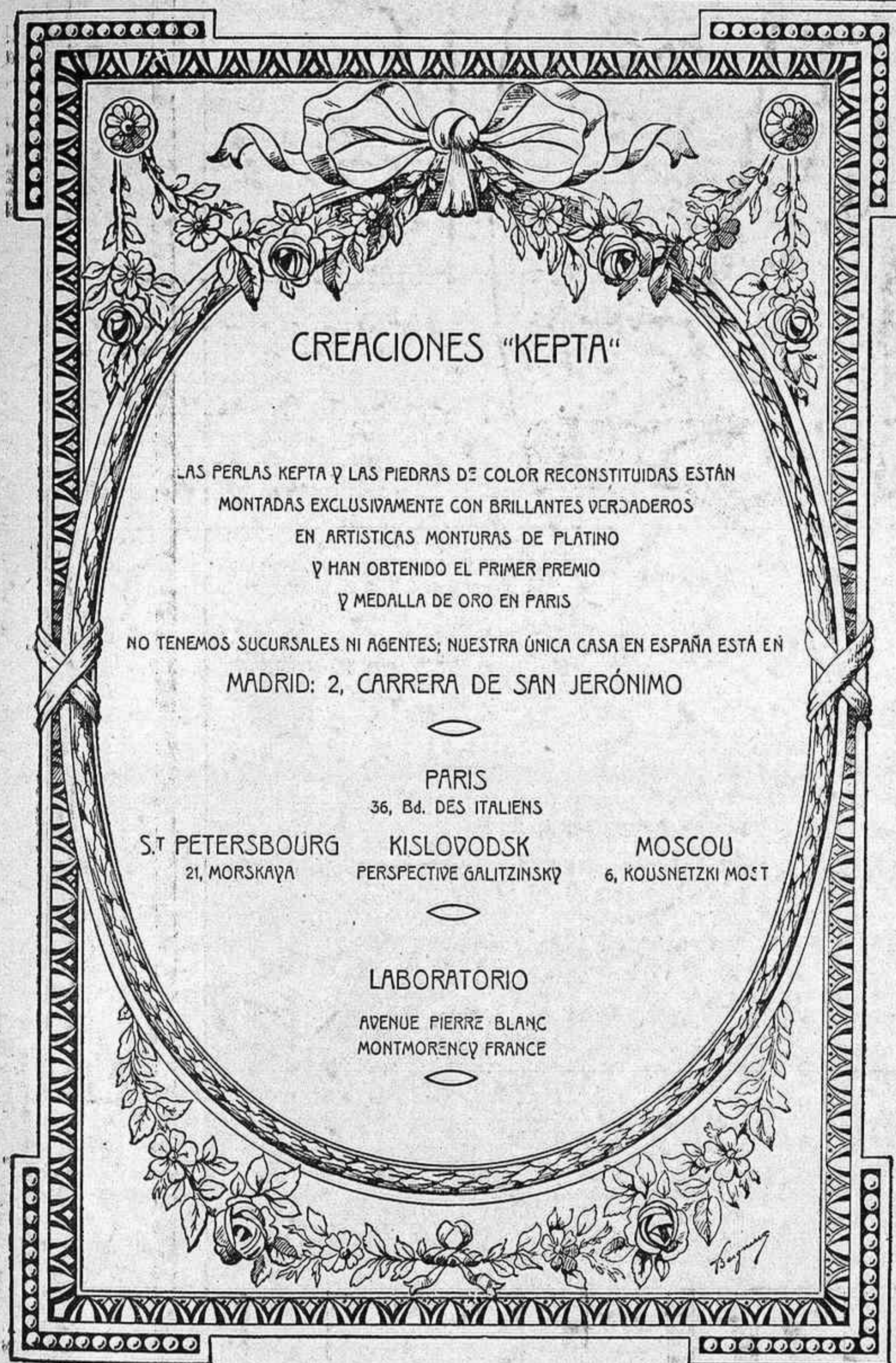
# EDUARDO BOX

## ROPA BLANCA

LA CASA MÁS ECONÓMICA EN BLUSAS  
DE SEÑORA, ROPA BLANCA, ENCAJES,  
BORDADOS Y TODA CLASE DE PRENDAS  
: : : : : PARA NIÑOS Y BEBÉS : : : : :

**CARMEN, 25---MADRID**

Se envían catálogos a provincias



CREACIONES "KEPTA"

LAS PERLAS KEPTA Y LAS PIEDRAS DE COLOR RECONSTITUIDAS ESTÁN  
MONTADAS EXCLUSIVAMENTE CON BRILLANTES VERDADEROS  
EN ARTÍSTICAS MONTURAS DE PLATINO  
Y HAN OBTENIDO EL PRIMER PREMIO  
Y MEDALLA DE ORO EN PARÍS

NO TENEMOS SUCURSALES NI AGENTES; NUESTRA ÚNICA CASA EN ESPAÑA ESTÁ EN  
MADRID: 2, CARRERA DE SAN JERÓNIMO

PARIS  
36, Bd. DES ITALIENS

S.T. PETERSBOURG      KISLOVODSK      MOSCOU  
21, MORSKAYA      PERSPECTIVE GALITZINSKY      6, KOUSNETZKI MOST

LABORATORIO  
AVENUE PIERRE BLANC  
MONTMORENCY FRANCE

*Se admiten suscripciones y anun-  
cios á este periódico en la*

**LIBRERÍA DE SAN MARTÍN**

PUERTA DEL SOL, 6, MADRID

== **Venta de números sueltos** ==

# La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

EDITADA POR "PRENSA GRÁFICA S. A."

Director: **Francisco Verdugo Landi** ☐ Gerente: **Mariano Zavala**

Número suelto: **50 céntimos**  
Se publica todos los sábados

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA	EXTRANJERO
Un año . . . . 25 pesetas	Un año . . . . 40 francos
Seis meses . . 15 „	Seis meses . . 25 „

## PAGOS ADELANTADOS

Diríjanse pedidos al Sr. Administrador de "Prensa  
Gráfica", Hermosilla, 57, Madrid ◊ Apartado de  
Correos, 571 ◊ Dirección telegráfica, Telefónica  
: : : y de cable, Grafimun ◊ Teléfono, 968 : : :

# ALBERTO ITURRIOZ

: : : **FUENCARRAL, 20** : : :

Cuadros, cromos, dibujos,  
estampas. :: Marcos y mol-  
duras. :: Miniaturas. :: Re-  
producciones

**La casa mejor surtida de Madrid**

**GRAN SALÓN DE EXPOSICIONES**

Supera al mejor extranjero  
Pts. 1.25 la pastilla. De venta en todas las buenas perfumerías



- Los lugares tristes y solitarios  
no me asustan ¿que mejor compañía que el  
delicado aroma de una pastilla de Jabón FLORES DEL CAMPO?

**JABON**

**Flores del  
Campo**

Creado por la

**PERFUMERIA  
FLORALIA**

Granada 2 Madrid

21

